RADICALITZEM la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit
sense quota

Càpsida

Replicant

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Jesús Lizano

El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia
o la conquista de la inocencia
(antología)

Virus editorial

Creative Commons

LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2009 de la presente edición, Virus editorial
© 2009 del texto, Jesús Lizano

Jesús Lizano
El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia o la conquista de la inocencia (antología)

Maquetación y cubierta: Virus editorial

Primera edición: octubre de 2009

Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Aurora, 23 baixos 08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
www.viruseditorial.net

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbao
Tel.: 94 416 75 18
Fax.: 94 415 32 98
C/e.: luna-im@teleline.es

ISBN-13: 978-84-92559-12-1
Depósito legal:

Índice

Presentación 7

Novios 13
Mamíferos 20
Vida 21
El ajedrez poético 22
Lamento místico 26
Fuga de invernadero 27
Florecillas 28
Poemas de la destrucción (32) 29
Me lo creo todo 31
El Lute 33
Oda a las mujeres que quieren ser soldados 36
Manifiesto poético 38
Pico a Picaso 43
El orden 45
Hermanitas buenas 50
Necesito cariño 52
El ingeniero poético 55
La conducta 57
Un príncipe 59
El señor Bien y el señor Mal 61
Balada del soldado conocido 63
La desesperación 64
Francotirador 65
A la mierda 66
Cantando al mundo 67
Lamento ácrata 68
Soledad 69
Rara síntesis 71

Canción del Popocatepelt 72
Las personas curvas 74
El capitán 76
El prisionero del tiempo 77
Hermanos 81
Creo en la poesía y en la mierda 82
Sólo es noble y humano rebelarse 83
Héroes 84
Bomba en la Academia 85
El culpable 86
¡Edades aquellas! 87
¡En el Covent Garden! 91
Ese hombre 92
Vivir 93
El intraterrestre 95
Los pobres 96
Salmo ácrata 98
Poemo 100
La silla 101
Cada vez 103
Y se van los versos 104
Puertas al campo 106
Las hermanitas de los pobres 107
Nana ácrata 108
Florecilla 109
Mundo feliz 110
El tren expreso 111
El enfrentamiento 114
Plazo 117
La idea higiénica 120
La coincidencia 122
La columna poética 124
La conquista de la inocencia 126
La Acracia 129
La verdad 133
Florecillas 134
La compañera de mi vida 135
A la Acracia por la inocencia 136
Pequeñas asambleas 141
En un lugar de la Acracia 148
El Okupa maldito 151
El olfato poético 154
El Lizanismo 155
Caballitos 157
En el adiós a Luis Andrés Edo 159
Lizanitos 161

Lizania 166

A los lizanitos, mis nietos Pol y Nil y a mi hijo David,
recordando cuando era también un lizanito...

Presentación

Siempre he incumplido las normas, siempre he descuidado en un grado considerable las formas en este «reino de taífas» que es la sociedad humana, cuya estructura «dominantes-dominados» parece irreversible, en la que normas y formas están impuestas por todos los dominantes debido a que la Cultura, en todo lo que ello implica, está en manos del Poder, es decir, de ellos. Y, por lo tanto, mentalizados y manipulados los dominados, la inmensa mayoría de seres humanos viven sometidos a aquéllos, haciendo casi imposible el desarrollo de la libertad de pensar y sentir, claves de toda posible plenitud humana y de que un día fuera posible cambiar esa estructura por una asamblearia, en la que los seres humanos nos viéramos como realmente somos: únicos y compañeros, puesto que a pesar del sinnúmero de numeradores distintos y enfrentados (y de las luces y sombras que nos confunden) poseemos un denominador común: la especie que somos. (A propósito: ¿quién piensa en ella?). La estructura asamblearia, por cierto, tiene un fundamento irrebatible: los seres humanos necesitamos organizarnos, no que unos pocos —dominantes— nos organicen, haciendo que el dominio sea ese ideal enloquecedor. Y es necesario superar que las formas sustituyan, anulen muchas veces, el fondo: las formas, las normas (el racionalismo y el irracionalismo).

Y por qué he incumplido siempre las formas y las normas exponiendo mi vida y mi obra a la incomprensión, al silenciamiento: la clave está en *Lizania*, en la aventura poética y libertaria que me vive, reflejada en los poemas y los pensamientos en ella incluidos como resultado de mi libertad de pensar y sentir. Y es que para juzgar cualquier cuestión es preciso verla en su

contexto porque sólo en él es en donde realmente existe y se comprende. Y la presente antología, publicada por Virus Editorial (tomando por base otra que publicó antes la Universidad de Sevilla debido especialmente al interés del entonces estudiante Jaime Galbarro), es un ejemplo de esta singularidad y originalidad por cuanto, debido a esta aventura que me vive (imperativo natural de lo creativo...), incumplo las formas y las normas a las que se ven sometidos la mayoría, porque el poder literario reduce las obras creativas a los nombres, a los premios, a las medallas de oro, a los sillones académicos, a una situación virtual, a un montaje, por lo que casi es inevitable que los poetas vivan para hacerse un nombre, conseguir un premio o llegar a las «altas esferas» de la literatura, mientras que una obra creativa consigue su pleno desarrollo cuando llega a sus auténticos destinatarios que no son los intermediarios del Poder. Y es que un artista, un poeta en este caso, no vive para él sino para su obra, y su obra no es para él sino para los demás; él sólo es un medio de acercar a los seres humanos el mensaje que recibe de lo natural, es decir, de la inocencia de todo lo creativo que nace sin duda en lo natural, desordenado por todo lo que implica normas y formas y montajes del dominio. En esta selección de poemas de mi obra faltan algunos poemas representativos, como los poemas épicos «Los picapedreros» y «Los sastres», así como buena parte de los sonetos, pero los reunidos son suficiente testimonio de cómo esta aventura me ha vivido y comunica esa vida.

Pero hay más: la prueba de que cumple la autentica función de lo creativo, de llegar a sus auténticos destinatarios, está en mis lecturas públicas por varias ciudades y, especialmente, en Barcelona (como la que realicé en la Sala Ivanow el 1 de octubre de 2008 y cuya grabación acompaña el presente libro; o la que realicé en el programa de TVE *Negro sobre blanco*, y que supuso que se agotara la primera edición de *Lizania*), en las que se logra el fin de lo creativo, al abrir el horizonte a una posible plenitud humana mas allá de los esquemas de la actual estructura, de este «Mundo Real Político», en donde lo poético sólo es un adorno y lo libertario sólo un aspecto más de la lucha por el Poder, cuando el autentico ideal libertario consiste precisamente en cambiar esa estructura para que, si se lograra la asamblearia, todos los montajes, liturgias y locuras se desplomen.

Muchos de estos poemas no sólo reflejan la originalidad de esta aventura (qué aventura sería la que no fuera original) sino que transmiten la fusión

de lo poético con lo libertario. Es comprensible, por tanto, que en 1986 escribiera y publicara un libro al que titulaba, como síntesis de sus poemas, *Mi mundo no es de este reino*. Es más: este reino sólo es el mundo de los dominantes, de los que luchan por el Poder y por las ideas enloquecidas que lo justifican, impidiendo el desarrollo de lo natural, de su inocencia, que al conquistarnos nos hace auténticamente humanos. *Lizania* comienza su aventura hace más de 50 años cuando escribí el primer verso de mi primer libro: «He descubierto tierra» y culmina su proceso en mis últimos poemas y escritos filosóficos (*Visión de la Acracia* y *El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia*), en donde describo la visión de ese Mundo Real Poético, la Acracia, al que no podemos saber si un día llegaremos pero que, sin duda, es hacia donde va una especie no sólo planificadora y ejecutiva sino sensible, creativa y consciente, desde que salió del Mundo Real Salvaje —en donde siguen el resto de las especies—, siempre descoordinados. Es evidente que la descoordinación que nos envuelve (entre lo planificador y ejecutivo y lo sensible, creativo y consciente y, por otra parte, en cada uno de nosotros entre lo individual, lo social y lo natural —hasta el punto de hacernos casi siempre un simple fragmento de lo social—), el pozo político, hace inevitable la locura que se apodera de nosotros hasta el punto de que nos impide acercarnos a la plenitud humana, entre nuestros límites y posibilidades reales, salir de ese pozo político y centrarnos en lo que he llamado «la columna poética», iniciativa que supone el verdadero humanismo, el comunismo poético, todos únicos y todos compañeros, algo que en modo alguno es la visión del comunismo religioso que nos divide en «buenos» y «malos», ni la del comunismo político que nos califica de «amigos» y «enemigos» —eso sí, llenos de liturgias, de mitos, de montajes, de símbolos, disfraces todos ellos de la lucha por el poder—, de forma que desde esas «ideologías» es impensable tener fe en lo humano, ver la posibilidad de que nuestra especie, en fin, pueda alcanzar una plenitud y superar el constante sacrificio de vidas humanas inocentes, la lucha enloquecida y enloquecedora por el dominio. Y es que la fragilidad de nuestra mente nos hace presa fácil de la mentalización y la manipulación, lo mismo que del autoengaño en el que viven los dominantes determinando las vidas al servicio de las ideas, teniendo fe, en definitiva, en el poder. Sólo esa fe en lo humano, en lo natural, en su inocencia, en nuestra inocencia, en la posibilidad de cambiar de estructura, nos puede

facilitar la coordinación entre todos los seres humanos. O coordinación o locura. Es comprensible que el contexto fundamental de mi vida (entre las luces y las sombras comunes...) haya sido la soledad, algo que sin duda era necesario para que esta aventura poética (y su mensaje) se desarrollara libremente, haciendo de mi vivir (en medio de la desventura humana que nos protagoniza y confunde) sólo un medio para acercarla a los auténticos destinatarios, como ocurre con toda obra creativa auténtica que realmente no *nace* hasta llegar a ellos.

En resumen, la fusión de lo poético y lo libertario, es decir, la desintelectualización de lo poético y la despolitización de lo libertario, es el mensaje definitivo de Lizania. Y es que sólo esta fusión hará posible ese cambio de estructura, ese ideal anarquista nacido en 1850, en su Primer Manifiesto. Claro que va a ser difícil, en realidad, desintelectualizar lo poético y, por supuesto, despolitizar lo libertario; ir más allá de las formas, de los montajes, y encontrar el fondo, que no es otro que la inocencia de lo natural. A ello se ha ido acercando Lizania y ella es el mensaje de esta visión de la acracia. Lizania: mi mensaje poético, mi manifiesto libertario, mi «acción directa»...*

Compañeros: más allá del «poder literario», desde la libertad, desde la poesía, desde la soledad un gran abrazo.

El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia,
septiembre de 2009

Agradecimientos:

Quisiera expresar mi agradecimiento a toda la gente que ha hecho posible el presente libro y, especialmente, a Paco Ríos y al equipo de Rec, Stop & Play por su colaboración imprescindible en la grabación y edición del DVD que acompaña al libro.

* Para mayor información acerca de Jesús Lizano y de *Lizania* ver: www.lizania.info.

Novios

(poema místico libertario)

Somos novios,
no hermanos.
Si fuéramos hermanos
sólo existiría un mundo
y el mundo se divide, se desintegra
en incontables mundos.
Y cada uno es un mundo.
En cambio, ah, en cambio:
somos novios,
novios llamados a la boda única.

El poeta debe anunciar a todos
que todos somos novios
y que sólo existe una boda
a la que estamos llamados todos,
que yo soy tu novio
y tú eres mi novia,
que estamos solos, que nacemos solos
y moriremos solos
y que vivir es la boda única
y que nos volvemos locos
viendo extrañas raíces,
parentescos extraños,
en lugar de entregarnos a la ternura de los novios,
a la ilusión con que se miran,
a la alegría con que se abrazan.

¡Ah, si saliéramos a la calle y nos viéramos novios,
nos sintiéramos novios
y mis amigas fueran mis novias
y todas las bailarinas de El Molino mis novias
y todos los monjes de Montserrat sus novios!
¡Ah, si los monjes de Montserrat supieran
que son los novios de las bailarinas!

¡Ah, si las bailarinas
supieran que los monjes son sus novios!
(Tampoco el hábito
hace a las bailarinas.)

Si nos viéramos novios,
mamíferos enamorados,
huérfanos que vamos a la boda única
cuando se liberan nuestros sentidos
de tantos padres terribles...

¡Ah, si supiéramos que somos novios!
Cómo dominarían en nuestro mundo
los cargos, los altos cargos, las esferas,
las más altas esferas,
¡ah, las más altas esferas!,
qué sería de todos ellos
(¡y de todos los vigilantes!)
si todos fuéramos novios.

Vacíos
iban a quedar todos los parlamentos.
Los novios no necesitan parlamentos
ni nombres ni contratos. ¡Si se olvidan
hasta de sus nombres los novios,
los maravillosos novios!
Se acabarían todas las sociedades anónimas
(¡nosotros somos los anónimos!).
¡Pobre mundo,
lleno de sociedades anónimas y de comités centrales!
Cómo va a ser una novia
una sociedad anónima.
No imagino lleno de novios abrazándose
los comités centrales.
Un comité central
cómo va a ser un novio,
cómo va a entender a los novios.
(¡Eso! ¡Eso! ¡Cómo va a entender a los novios!)

Y todas las vecinas serían nuestras novias
y todos los vecinos serían nuestros novios

y todas las mujeres serían mis novias
y todos los animales
nuestros novios.
(¡Ya son nuestros novios!)

Porque somos un mundo condenado y errático
que acabará desintegrándose, un mundo raro,
único, distanciado, al que venimos
cumpliendo el nacimiento obligatorio,
cubriéndonos de leyes desde que respiramos.
Quién iba a atreverse, en cambio,
a imponer unas leyes, sus leyes, en la boda única,
en la entrega única.

Desde cuándo los novios piensan en las leyes
y cómo iban a existir policías:
irían besándose por las plazas,
encontrándose en los jardines
en vez de vigilarlos para sorprender a los novios.
Y se disolverían todos los ejércitos:
nos fundiríamos en un abrazo en las trincheras
y huirían despavoridos todos los generales
y las novias correrían a todas las cárceles
a liberar a los presos porque serían sus novios.

¿Y los dominantes,
tantísimos dominantes?
¡Pronto no habría dominantes!
(¡Ni vigilantes!)
¡El aire! ¡El aire!
¡Sólo dominaría el aire
en la boda única!
¡El aire!

En vano gritan desde sus púlpitos que nos unamos,
ridículos y fantasmagóricos todos los púlpitos
(¡púl
pitos!),
si no somos los novios del mundo,
si no avanzamos hacia la boda única.
(¡Historia de los monos que se transformaron

en políticos, historia
de los políticos que se transformaron en novios!)

(¡Vivan los novios!)

Mirad cómo los novios
acaban con el espacio y el tiempo
y cómo desaparecerían los poderosos
si no los tuvieran en sus manos.

Y el alma:
si no es una novia
qué es el alma
y qué es mi madre
y mi hermana.

Entregarse, olvidarse,
contener la tragedia entre los besos,
sostener el camino entre los abrazos.
Qué suspiros y qué sonrisas
en las fábricas, en las oficinas,
en las salas de espera, en los autobuses,
cuando todos fuéramos novios.
Y qué apoyo y qué ayuda
pasear solitarios por las noches
en silencio, con nuestros sueños.
Fantasmas, no: ¡sueños!

¿Y los Bancos?
¡Qué cambio! ¡Qué cambio!
¡Los Bancos serían nuestros novios!
¡Las Cajas nuestras novias!
¡Qué cambio!

¡Nuestros hijos
ya nacerían novios!
Y que llegara el cartero y anunciara:
¡Soy el novio cartero!
Y la portera:
¡Soy la novia portera!
Y los bomberos:

¡Somos los novios bomberos!

Y qué escuela, qué escuela
si los maestros fueran novios,
si no hubiera maestros ni maestras.

El mundo
sería una maravillosa casa de citas.
Nos citaríamos continuamente,
iríamos con el teléfono de bolsillo llamándonos
continuamente.
¡Qué hermosa es una cita!

¡Ah, los enamorados! ¡Ah, los novios!
No se preguntan, no cuestionan,
no reciben órdenes y contraórdenes,
no tienen dioses ni amos.
El mundo de los dioses
y de los amos
es el que acabaría
cuando todos nos sintiéramos novios.

Cómo puede sentirse un dios
un novio,
cómo puede creerse un amo.

Cuando creíamos que éramos hermanos,
cuando hablaba san Francisco a las florecillas
vinieron también los lobos.
¡Ah, las florecillas! Qué fácilmente
se transforman en lobos. ¡En colmillos
que nos destrozan!

Qué difícil lo pone el viejo mundo
para que seamos nuevos mundos,
para que seamos novios.
Cuando nacemos,
¿no han pensado ya por nosotros?,
¿no nos imponen sueños y aventuras?,
¿no nos empadronan y clasifican?
Pero los novios

no saben de mundos dirigidos,
de leyes obligatorias, de padres únicos.

(¡Vivan los novios!)

Y sólo habría una fiesta:
el día de los novios.

Y una calle (ah, tormento de tantas calles
llenas de cárceles encubiertas):
el paseo de los novios.

Y el pensamiento volaría.
El pensamiento
sólo vuela en el alma de los novios,
como vuelan las manos y los ojos
(¡ojos claros, serenos!)
y los labios.
Y qué es un pensamiento si no vuela.
¿No es la más lóbrega de las cárceles?
Qué lucha por la libertad es esta
que no lucha por la boda única.
Y vivir abrazados
y morir abrazados.
Qué otra respuesta a la muerte indigna
que morir abrazados.

Organizaríamos viajes continuamente:
de novios, para hacernos novios
de todos los novios del mundo.
Los novios no saben geografía,
ignoran la estadística,
se saltan las aduanas,
hablan un solo lenguaje.

¡Qué cambios, qué cambios
en las embajadas!
¡Cómo iban a conspirar los novios!
Y nos reiríamos de las banderas,
¿o no se ríen de las banderas los novios?

(¡Y de las fronteras,
de todas las fronteras!)

¿Y la tierra? Contemplad la tierra:
¿no es una boda única?

No puedo llamar hermano a nadie
pero sí enamorarme de todo,
sostener la belleza entre mis sueños.
Si existe la belleza
es porque todos somos novios
aunque no lo veamos:
nace en el alma de los novios.
¡Sólo el amor no es ciego!

Hemos construido un mundo de falsos hermanos
y si no vamos a un mundo
en el que todos seamos novios,
decidme: a dónde vamos.

Amigos, viejos amigos míos:
sólo quiero recordar las novias que he tenido,
las cosas que he amado,
el poco amor que he recibido.
No he hecho otra cosa que soñar la boda única,
llorar amargamente por el amor perdido.
Qué puede hacer el poeta sino animaros
a la boda única,
al baile, sobre todas las cosas,
de los sentimientos y de los sentidos,
a soñar el día
en que todos fuéramos novios,
a la conquista de la inocencia...

Mamíferos

Yo veo mamíferos.
Mamíferos con nombres extrañísimos.
Han olvidado que son mamíferos
y se creen obispos, fontaneros,
lecheros, diputados. ¿Diputados?
Yo veo mamíferos.
Policías, médicos, conserjes,
profesores, sastres, cantautores.
¿Cantautores?
Yo veo mamíferos...
Alcaldes, camareros, oficinistas, aparejadores,
¡Aparejadores!
¡Cómo puede creerse aparejador un mamífero!
Miembros, sí, miembros, se creen miembros
del comité central, del colegio oficial de médicos...
académicos, reyes, coroneles.
Yo veo mamíferos.
Actrices, putas, asistentas, secretarias,
directoras, lesbianas, puericultoras...
La verdad, yo veo mamíferos.
Nadie ve mamíferos,
nadie, al parecer, recuerda que es mamífero.
¿Seré yo el último mamífero?
Demócratas, comunistas, ajedrecistas,
periodistas, soldados, campesinos.
Yo veo mamíferos.
Marqueses, ejecutivos, socios,
italianos, ingleses, catalanes.
¿Catalanes?
Yo veo mamíferos.
Cristianos, musulmanes, coptos,
inspectores, técnicos, benedictinos,
empresarios, cajeros, cosmonautas...
Yo veo mamíferos.

Vida

(recordando a Pepe Hierro)

¿Es el Todo? ¿Es la Nada? ¿Es Todo y Nada?
¿Son retórica, en fin, la Nada, el Todo?
¿Un sueño? ¿Una locura? ¿Un triste Todo?
¿Una sola y desnuda y pobre Nada?

¿Una transformación del Todo en Nada?
¿Es un mito la Nada? ¿Un juego todo?
¿Y qué es la verdad? ¿Y qué es real? ¿Qué es todo?
Tanto todo ocultando tanta nada.

Tanta filosofía para nada,
«un dios mi vida», «por la patria todo»...
¡Todo! ¡Todo!, exclamamos. ¡Nada! ¡Nada!

¿Y el Poder? ¿El dominio de la Nada?
¿Y vivir? ¿La «política» de todo?
¡Estoy harto! ¡Del Todo y de la Nada!

El ajedrez poético

Qué bonito el ajedrez...
Qué espejo el ajedrez,
qué imagen de lo que es
el juego por el dominio
que todavía nos define.
¡Hay que ver!
Dudo qué fue primero
si este reino enloquecido
o el juego del ajedrez...
El caso es que
siempre hay dos bandos (por lo menos)
disputándose el poder.
O sea: la Pancracia...
vosotros ya me entendéis...
Y, si no, a ver:
el rey
(o el presidente del gobierno
o el jefe del soviet
o el generalísimo de los ejércitos...
o el Gran Timonel)...
La reina,
que déjala correr:
cómo se mueve por el tablero
o reino o territorio
o convento
o cuartel...
Las torres, ah, las torres...
¿Os acordáis de aquel pueblo,
el de las Altas Torres?
Altas son todas las torres
o cúpulas o campanarios...
Las Alturas, ya sabéis...
Bueno: y los caballos...
Pues menudo papel
el de los caballos en la lucha
por el poder... O el de los barcos

o el de los tanques
o vete tú a saber...
(«los medios»).
Y los estilizados alfiles
infiltrándose por doquier...
Y los peones... Ah, los peones...
La tropa, ya sabéis,
los primeros sacrificados,
abriendo frente, cayendo
para que el rey
mantenga su poder...
O el presidente de la República...
¡La Pancracia
es un carrusel!
Aún no sé
cómo el inventor de este juego
no contó con la variante
del presidente de la República...
¡Un ajedrez republicano!
¿O es que los republicanos
no luchan por el poder?
Y, hala:
jaque va, jaque viene
¡lo que hay que ver!
Y van cayendo prisioneros,
van recogiéndose los muertos,
piezas fuera del tablero,
fuera de juego...
Hasta lograr que, por fin,
llegue la clave: ¡el jaque mate!
y la conquista del poder.
¡El jaque mate!
(¡Qué invento!
Con sus preciosas variantes.)
Y, hala:
hasta la próxima partida,
hasta la próxima vez...
Y a gozar la victoria,
los himnos, las banderas,
los desfiles, ya sabéis...
y a honrar a aquellos

que cayeron para lograr
barrer del tablero,
de la vida, del mundo,
al otro, al enemigo,
al que le disputaba,
hay que ver,
el dominio...
(¡Y encima le hacen un monumento
al peón desconocido!)
¿Y os habéis
fijado en esa forma
de zulo, de prisión, de trampa
de las casillas del tablero?
Pero ahora que pienso:
a esto
cómo le llamo ajedrez poético...
¿Qué tiene de poético
la lucha por el dominio,
el juego por el dominio,
el ajedrez?
¡El Concierto de Ajedrez!...
(Si me leyera Joaquín Rodrigo,
tan poético él...)
Comprendo, lo comprendo:
he de cambiar el título
del poema, del manifiesto
(porque toda LIZANIA
es un manifiesto...).
Ya sé:
lo voy a llamar
el ajedrez político,
del mundo real político
del que es copia y reflejo.
Y, claro, vamos a ver:
así, de partida en partida,
de jaque en jaque,
de un reino a otro reino,
cuándo podremos ser
únicos y compañeros.
Nada de ajedrez,
nada de tableros

ni peones ni torres
ni reinas ni rey
ni alfiles ni caballos...
todos compañeros.
Y acabemos de una vez
con este juego de dominio.
Y es que, además, cuidado:
el blanco y el negro,
las blancas y las negras...
ya sabéis: esos nombres,
que si los malos y los buenos,
que si las derechas y las izquierdas,
que si los fieles y los infieles,
que si el enemigo o los nuestros...
¡Mi madre! ¡Qué tablero!
Ah, y el cielo y el infierno... O sea:
la locura de la Razón
no tiene remedio...
Y el cuerpo
prisionero del «alma»
y el «alma» prisionera
del cuerpo.
Y todos convertidos
en fragmentos
de la red del dominio.
«Lo social», ¡el Tablero!
El ajedrez humano
también es un invento...
Lo inventó la Razón.
Qué ridícula la lucha por el poder
en las otras especies...
¿Para esto?
Y venga dominantes y dominados
y venga la ruleta,
el juego
de la locura. Eso sí:
un juego estético,
retórico y simbólico
y mitológico.
El ajedrez:
qué poemo...

Lamento místico
(Desde el desamor)

Que seas tú, dolor, mi compañero,
que comparta contigo mi alegría,
tú, humano arder, mi pan de cada día,
que sea tu presencia cuanto espero.

Tú el calor de mis noches, tú el primero
en abrirme los ojos, que me ría
y que dance conmigo, la agonía
de mi gozo, tú el sol, tú el mensajero.

Tú el espejo del mundo, el confidente,
tú el que me abrazas, tú el que me consuelas,
que seas tú el que llena mi vacío

Tú el que ordenas mis cosas, el pendiente
de mis pasos perdidos, tú el que vuelas
sobre todos mis sueños, tú el bien mío.

Fuga de invernadero
(cuento)

Unas cuantas flores
decidieron fugarse del invernadero...
Querían respirar aire libre,
perfumar y adornar como todas las flores...
El invernadero, decían,
es la cárcel de las flores...
—Si salimos del invernadero podremos vivir como flores...
Y una noche,
arrancándose suavemente de sus tiestos,
dejaron el invernadero
y se fueron por el mundo.
Y comenzaron todas las flores
a fugarse de sus encierros
y a descubrir que todo el mundo
era un invernadero.

Florecillas

Confusa y sangrienta
no busques la verdad:
busca la inocencia.

La existencia nos separa
aunque la esencia nos une:
qué lástima.

Anoche, cuando paseaba,
no sé si podré olvidarme,
sorprendí ¡al Universo!
haciendo pipí en la calle.

Poemas de la destrucción
(fragmento)

(32)

¿Qué sucedería
si todas las cosas redondas
se volvieran cuadradas
y todas las cosas cuadradas,
redondas?
Si todas las cosas redondas
se volvieran cuadradas,
ay, entonces, del sol,
ay, de nuestras caras,
ay, ay, de los pechos,
ay, de las manzanas;
¡ay, ay, de la tierra
si se volviera cuadrada!
Y
si todas las cosas cuadradas
se volvieran redondas,
¡he aquí convertidos
nosotros en un bola!
Las casas
en sandías rojas,
los libros en mandarinas,
las espadas en roscas,
los barcos, en el mar,
boyas,
y nuestros pies
como pequeñas bolas
de queso y nuestra nariz
un lunar, ¡una mosca!
En cambio, ¡qué sería
de los tambores y de las cacerolas
y de los vientres!
¡Hola! ¡Hola!
¡Todos los vientres cuadrados!,

¡todos los niños peonzas!
Las calles rectilíneas,
fosas;
el viento,
onda
y los peces (¡son ciegos!)
en monedas sonoras.
¡El reino
de las geometrías locas!
Y los pinos,
plancha de metal su copa.
¿Y todas las ruedas del mundo?:
¡muertas, sino redondas!
¿Y todas las ventanas?
Todas las ventanas, olas
febriles y mareantes
confundiendo las cosas.
Los ojos serían flechas,
se perderían en las sombras;
las flechas serían ojos
y sus niñas, rocas...
¿Y el universo? ¡Ah, el universo!
¿es una plancha?, ¿es una pelota?
Pues bien: hace mucho tiempo,
según nos cuenta la historia,
en un país muy lejano,
todas las cosas redondas
se volvieron cuadradas,
y todas las cosas cuadradas,
redondas...

Me lo creo todo

Yo me lo creo todo,
como hombre bien nacido:
que aquel era mi padre
—quién sabe
quién era su padre—,
que este es mi amigo
—y quién era su amigo—,
que mi madre era mi madre,
que mi hijo es mi hijo
—quién sabe—.
Me lo creo, me lo creo:
que cumplo con el deber
cuando sacrifico
mi tiempo, mi pensar,
mis sentidos
para que a todos nos domine
el orden establecido
—quién sabe
quién lo ha establecido—,
que mi madre me torturaba
por mi bien, que por mi bien
moriré, especie de malditos.
Que éste es una autoridad,
que aquél es un obispo
—qué es un obispo—.
Me lo creo, me lo creo,
me trago
todo el bolo alimenticio.
Aplaudo todas las leyes,
me creo todos los mitos,
que estoy lleno de mierda
y los demás están limpios.
Me creo todas las órdenes,
todos los desatinos,
la historia entera me creo
—la historia

de los asesinos—.
¡Ay, verdad, ay, quién te ve
y quién —ay— te ha visto!
Me lo creo, me lo creo:
decidme lo que queráis
de los griegos, de los ingleses,
de los turcos, de los indios.
Cumplo con el primer deber
de todo bien nacido
en esta especie de monstruos:
engañarme a mí mismo.

El Lute

Vaquillas y tempranillos,
piratas y bandoleros,
pillos y delincuentes,
lúmpenes y descuideros,
hampa, llorad, llorad,
que El Lute ya es Eleuterio.

Y tú, glorioso marqués,
poeta de los incestos,
ángel de las perversiones,
al derecho y al revés,
mago de los esfínteres
y aurora de los efebos,
cubre de oprobio tu sombra
que El Lute ya es Eleuterio.

Padre mío, Genet,
que estás en los únicos cielos,
en el pensar de los seres
repudiados y presos,
atiende a mi voz perdida
porque alguien que era ladrón
ahora es corona y es cetro;
maldícele de por muerte
que El Lute ya es Eleuterio.

Kafka de todo el absurdo
que el mundo vive desvelo
muévete en tu Castillo
que el más inmundo proceso
ya tiene otro defensor,
que El Lute ya es Eleuterio.

Y llora tu con nosotros,
rinoceronte Ionesco,

porque El Lute ya es legal,
porque ha elegido el fingir
un mundo feliz que sigue
porque hay pistolas en celo,
más calva aún tu cantante,
que El Lute ya es Eleuterio.

Y vosotros, flipadillos,
maricas y chaperos,
mangantes y rufianes,
y vosotros, los presos
en las amargas pocilgas
para que todo un Orden
pueda cometer sus crímenes,
justificar sus engendros,
clamad desde vuestra rabia
que el Lute ya es Eleuterio.

Y tú, Proudhon, el buen viejo,
que dijiste a tus apóstoles
«la propiedad es un robo»
y se acabaron los cuentos,
levántate de tu tumba
y lanza a los cuatro vientos
el duelo que nos aflige,
que El Lute ya es Eleuterio.

Por más delitos que anuncien
sólo un delito yo veo,
ser dominante en un mundo
en el que tantos estamos
dominados y envueltos
en la niebla de un sueño,
que sólo somos humanos
si como somos nos vemos.
Hay que airear la miseria,
no esconderla y fingirse
legales y caballeros,
la mayor trampa, la ley,
que El Lute ya es Eleuterio.

Y tu, Cervantes, leal
al más desafortunado
de los andantes, amigo
de galeotes y tuertos,
por los campos de la noche
sal si puedes de nuevo
para denunciar al Lute,
que El Lute ya es Eleuterio.

Ay, Lute, el que se fugaba,
el que triunfaba del miedo,
cómo has podido cambiar
la cárcel por una máscara
del hombre legal y hombre bueno,
si es la máscara que llevan
los dominantes y aquéllos
dominados sin saberlo.
El Lute era una canción,
un romance de ciegos:
«El Lute, El Lute se fuga
y burla a los cuarteleros».
Llorad conmigo, hombres solos,
que El Lute ya es Eleuterio.

Oda a las mujeres que quieren ser soldados

¡Los cuarteles!
¡Llenad de hijos los cuarteles!
¡Que se mezclen los niños en los desfiles!
¡Que juegen con las armas y con los artefactos!
¡Que los desmonten y confundan!
¡Que interrumpan
las arengas de los coroneles!
¡Sí, sí, vosotras!
¡Pasad las noches en las garitas de los guardias!
¡Llevaos a la cantina a los alféreces!
¡Multiplicad los altavoces!
¡Al tiro! ¡Bajad al tiro con la merienda
y extended los manteles! ¡Manteles!
¡Manteles!
Y taponad de queso los fusiles
ensayando mil toques nuevos de corneta.
¡Que se vuelvan locos todos los capitanes!
¡Que bailen hasta descoyuntarse los turutas!
¡Tended las ropas en la Sala de Mandos!
¡Desfilad! ¡Desfilad
luciendo vuestros encantos!
¡Eso! ¡Eso! ¡Soldados!
Y luego ¡a los templos! ¡Hay muchos templos!
¡Llenad de criaturas los templos!
¡Que jueguen al escondite por los armarios, por los recovecos!
¡Que se disfracen con los hábitos y con las sábanas!
¡Incienso! ¡Mucho incienso!
¡Id a las procesiones con vuestros platos y cacerolas
y que se extienda por las naves
el olor a huevos fritos y a cordero!
¡La madre del cordero!
¡Ale! ¡Ale!
¡Cumplid la larga marcha hacia los bancos!
¡Confundid todos los códigos!

¡Acelerad los ventiladores!
¡Que vuelen todos los archivos y que se pierdan todos los créditos!
¡Casaos con los banqueros!
¡Con los alcaldes! ¡Con los accionistas!
¡Llenad de vuestras fragancias y de vuestras prendas los ministerios!
¡Llevaos la calceta al hemiciclo!
¡Ni luz ni taquígrafos!
¿Luz? ¿Taquígrafos?
¡Sí, seres maravillosos que queréis ser soldados!
¡A las escuelas! ¡A las escuelas!
¡Poned patas arriba las geografías y las historias!
¡Las reglas!
¡Seducid a los catedráticos!
¡Al Paraninfo! ¡Al Paraninfo!
¡Y pasead desnudas y revestidas con sus togas!
¡Parid en los Consejos de Ministros!
¡Y en las logias! ¡Y en las Academias!
¡Recibid a vuestras amigas en las Academias!
¡En las Reales Academias!
¡Salvad del orden al mundo!
¡Comenzará un nuevo tiempo
y volveremos a la selva!
¡Y así terminará este ciclo tan antiguo
cuando Eva, esta vez, devuelva al género humano al Paraíso!

Manifiesto poético

¡En nombre
de todos los Caballeros
de la Poesía
que en el mundo fueron
llamo a todos los soñadores,
a todos los poetas
para manifestarnos
en la calle (¡la calle
es suya
y no de los voceras!)
frente a la lucha por el dominio!
¡A su horror! ¡A su locura!
¡Adelante la Columna Poética!

¡Compañeros!
¡Todos compañeros!
¿O no tenemos
los mismos problemas,
la misma esencia?
¿Nadie lo recuerda?
«Mi patria es el mundo,
mi familia
la humanidad entera»,
el humanismo poético,
mi humanismo.

Los otros,
los hemos vivido,
¡vaya
si los hemos vivido!,
se pierden en esa lucha,
llenos de insufrible retórica.
¡Llenos!

¡Llamo a todos los soñadores,
a todos los poetas!

¡Reclamemos
el fin de cuanto nos divide
olvidando lo que nos une,
nuestro destino
de seres mortales y creativos,
de cuanto origina
un mundo de dominantes
y sometidos,
enfermos y confusos,
de cuanto impide
la libertad de sentir,
el vuelo del pensamiento,
nuestra vida interior
liberada de todo
lo que imponen y mentalizan
los retóricos enloquecidos,
los voceras!
¡No al Mundo Real Político!
¡Todos a la conquista
de nuestra plenitud humana,
del Mundo Real Poético,
el que, por fin, supere
esa locura que nos destruye,
que impide la plenitud
para la que hemos nacido,
los sueños
para los que vivimos!
¿O para qué vivimos?
¿De qué nos sirve
un continente deslumbrante
carcelero
de nuestro humanismo contenido?
¿De nuestro heroico contenido?

¡Soñadores! ¡Poetas!
Frente a las víctimas inocentes
no llorar, no lamentarse:
¡que lloren los cocodrilos!
Luchemos para que acabe
la sed de dominio
causa de nuestra barbarie.

Salvemos nuestra mente
de todo lo ensombrecido.
¡No al racionalismo
que impide la libertad
de nuestro mundo íntimo!
¡No al irracionalismo
que la enloquece con sus símbolos!,
terribles enfermedades
no señaladas por los médicos.
¡Pobres de nosotros
en manos de los médicos,
los físicos y los metafísicos!
¡Qué saben
de nuestro sufrimiento,
de nuestro destino!

¡Vean, vean,
el reino de la Diosa,
la diosa Razón enferma!
¡El reino de sus voceras!

¡No a la «crítica» de la Razón pura!
¡No a la «crítica»
de la Razón práctica!
¡Crítica
a la Razón enloquecida!
¡A sus pozos,
causa de las mismas!

La Razón crea mitos
que nos sacan los ojos.
¡Derribemos
todos sus monumentos,
todos sus Palacios,
todos sus Reinos!
¡Salvemos nuestra especie
de esa locura! ¡Merecemos
un mundo de plenitud,
un Mundo Real Poético!
¿La Revolución? ¡Será poética

o no será! ¡Manifestemos
al Mundo Real Poético!

Todo es profundo y sencillo
si lo miramos no con ojos
racionalistas sino con ojos
poéticos.

Y no gritar: ¡«No a la guerra»,
sino a la lucha por el dominio
causa de todas ellas!
¡Las causas no los efectos!
¡Las vidas no las ideas!
¡Asambleas
no compartimentos
con nombre extrañísimos!
¡No voceras!

Sólo desde la altura
de nuestro libre vuelo
podemos comprender las cosas
y comprendernos.

Denunciemos este delirio.
Invitemos a todos los inocentes
perdidos entre sus voces
que llevan a esa lucha,
todos perdidos
entre las falsas verdades
y sus terribles ecos.
Lo poético no lo político
nos lleva a la plenitud, a la Belleza,
entre nuestros límites y posibles
verdaderos.
Es nuestra consciencia
la que ilumina la Belleza,
nuestra Razón quien la ciega.

¡Sus voceras!
Y qué es la libertad
sino la luz de la consciencia.

¡Soñadores! ¡Poetas!
La libertad de pensar
y de sentir
es el aire.
Porque sin ese aire
no hay quien respire, no hay quien sea,
¡no hay quien se salve!
¡No cambiaremos
sin ella!

Sin ella
sólo tenemos
palabras. Quién
tiene voz sin ella.
¡Todos únicos! ¡Todos compañeros!
¡Adelante la Columna Poética!
¡En nombre de la libertad, en nombre
de todos los ingenuos
Caballeros Andantes!
¡En nombre de nuestra especie!

¡A la conquista
de la tierra prometida
por nuestros orígenes,
por nuestros sueños!
¡A la conquista de la inocencia!

Pico a Picaso

Nadie ha picaseado
a Pablo Picaso.

Nadie cortó la pisoca
de Pitaco
ni le cambió los cacasos
ni le endilgó una pipisa
ni le mordió la sacosa
ni el copaco.

Nadie le ha cacapipido
ni machihembrado
ni hincado el pico
ni picoteado.

¡Era el único gallo!
¡El único picotorito!
Y, en cambio, ¡ah, en cambio!:
él convirtió en picaticos
a todos los del cotarro.

Nadie desriñonó
a las niñas de sus ojos,
la madre que los picó.

Nadie citó a Pichatato
y le dijo: ¡Eh, taureau!

¿Por qué si Paco Tipaco
multiplicó nuestros popos,
mezcló las mamas y el cucu,
cortó las pier y los zozos,
nadie ha cortado la piso
de Paco Tipaco!

Las meninas desproporcia,
las señoritas descuarta,
los ojos desenmilila
y desencuba los caba.
¡Hace
lo que le da la gana!
Y nadie ha picamolido
a este pinpín terralaca.

Nadie le picó la cresta,
nadie le rompió la crisma,
nadie encubó su picada.

Pero llegó la picuda
y ahora ya estamos todos
capitos, picatos, papa,
que ya te ha cogido el toto
y ya te pica la Paca.

Ahora te pico yo,
hermano picamañanas,
pablato del corazón
y eterno picamachaca,
arponero de los picos,
ángel de las cornadas.

Siga el munmun que aquí nono
ha picapicaso nada.

El orden

¡Esto es el Orden!
Todo
sumido en un orden,
todo pendiente de las órdenes,
de los mecanismos, de los uniformes,
de las fronteras, de los principios,
de los códigos, de los fines.
¡Esto es el Orden!

Símbolos, mensajes, leyes
ordenamientos, conceptos,
plaga de conceptos,
desde que nacemos
hasta que morimos,
todos
esclavos de los conceptos.

Pero ¿nacemos?, ¿morimos?,
¿Es posible tal cosa
en medio de tanto Orden?

Y ordenadores, ordenadores:
faltaba este gran invento
para que todo sea un Orden.

¡Un Orden!
¡Esto es un Orden!
¡Ordeno y mando!
¡A sus órdenes!

Un Orden nuestra Razón,
ésa sí que es un Orden,
de la que nacen todas las órdenes,
madre de nuestros crímenes,
sombra de nuestras luces,

pozo de nuestros sueños:
¡La payasa del mundo!

Consignas, mandamientos:
cómo diez mandamientos:
¡miles y miles de mandamientos!

Cálculos, clasificaciones,
rituales, miles de rituales.
Todo medido,
todo milimétrico.
¿Cómo vamos a ser
únicos y compañeros?
Orden de Malta,
Orden de San Benito,
órdenes mendicantes,
órdenes y contraórdenes.
¡La cuadratura del círculo!
¡La cuadratura de la Belleza!
¡La cuadratura del pensamiento!

Pobre pensamiento:
si el pensamiento es un niño...

Cómo salir del Orden
establecido, impuesto, ajusticiante,
un Orden
de dominados y dominantes,
de vencedores y vencidos.
¡Y el orden de los factores!

Órdenes, Academias,
eso sí, Reales,
mentalizadores.
El Mundo
es un Orden fantástico,
enloquecido,
hace y deshace,
hace y deshace.
¡Aténgase a las órdenes!
¡Un Orden! ¡Es un Orden!

(Espero que ya sepáis
lo que indico
cuando digo Orden...)

No, no: lo que nosotros
necesitamos son desordenadores,
cambiar el Orden,
el implacable Orden,
este vivir matemático y geométrico,
mimético, envenenático.
¡Es el Orden!

Qué puede esperarse
si nacer es una orden,
morir es una orden.
¡Tanto Orden
y tanto sufrimiento!

¡Por orden alfabético!
¡Por orden de aparición en escena!
No, no:
yo quiero desordenarme,
necesito desordenarme, liberarme
de tanto ordenamiento
que hace de mí un Orden.

¡Es el Orden!
¡Cuidado con el Orden!
Cómo sentir
si se es un Orden.
Cómo pensar
si se es un Orden.
¡Cómo soñar
si se es un Orden!

Reglas, medidas, sastres
enloquecidos, medidores.
¡Esto es el Orden!

Órdenes de registro:
llevo los bolsillos

llenos de órdenes de registro.
Fuerzas del Orden.
Claro: ¡del Orden!

No salgo de una Orden
que ya me persigue otra Orden:
Orden público, público,
Orden íntimo: ¡uno mismo
dándose órdenes
a uno mismo!

Y voces preventivas
y voces
ejecutivas ¡pobres voces!

¡Pasen, señores, pasen!
¡Numerarse! ¡Ordenarse!
¡Prohibido alterar el Orden!
¡Esto
es una orden!

Reflejos condicionados,
funciones condicionadas,
personas rectas,
ideas fijas,
dioses, dioses
rectos y fijos,
imágenes: qué mezcla
de imágenes, de sombras,
de órdenes.
¡Un Orden! ¡Un Orden!

La norma, la regla:
tiene la regla,
cumple la orden.
¡Es el Orden,
el gran teatro del Orden!
¡La eterna sumisión
de lo diverso al Orden!

¡Libertad
dentro de un Orden!

¡El Orden!
¡Esto es el Orden!

Decidme: ¡del hombre!
¡Qué queda aquí del hombre!

Hermanitas buenas

Hermanitas nocturnas,
hermanitas buenas
que salís cada noche
mientras duermo,
hermanitas silenciosas,
hermanitas negras.

Cuando apago las luces
salís de vuestro refugio
y dais una vuelta
por el suelo de la casa.

Y si una noche me desvelo
y enciendo una de ellas
os recogéis en silencio.
No sé de mayor prudencia.

Llega, por fin, la mañana,
hermanitas discretas,
y volvéis a la sombra
de vuestras celdas,
de vuestras galerías,
de vuestro territorio
condena.

Abandonáis nuestro mundo
para vosotras grotesco,
miseria de la grandeza,
en donde tantas veces
sois envenenadas,
destruidas, pobres
hermanitas de las tinieblas.

Podéis contar conmigo,
cómo os admiro y comprendo,

que de soledades soy
vuestro compañero
y de cárceles y de tormento,
hermanitas nocturnas
que estáis en los suelos...

Necesito cariño

Fui al médico del cerebro,
del alma,
los médicos
con su uniforme blanco,
los curas
con su uniforme negro,
los militares
con su uniforme verde,
el papa
con su uniforme blanco.
Ya vemos
lo que les pasa a los dominantes
cuando prescinden de sus uniformes.
Qué ha sido, por ejemplo,
de los reyes
sin su uniforme...

Por no hablar del uniforme
de los bomberos, de los policías,
de los conserjes,
de los mayordomos,
de las monjitas, de los presos,
de los jueces,
vaya uniforme el de los jueces...

¿Y los burgueses?
¿Y su uniforme de señores?
¿Y el de los cocineros?
Pobres cocineros:
hasta los cocineros
revestidos... Y las novias
vestidas de blanco
cuando se dirigen
a firmar con los novios

el contrato...
¡plaga de contratos!

Y qué sería este mundo sin uniformes:
sería
el mundo real poético...

El caso es que fui al médico
del alma, del cerebro...
¡qué pretensión salvar el alma
con la teología,
o la química
y otros derivados
de la Razón! Y cómo
va a curar con su locura
la Razón al alma
si liberarse de su dominio
es lo único
que puede salvarla.

El caso es que fui al médico,
con su uniforme blanco,
llamado bata,
como los farmacéuticos,
como los fantasmas...
hundido por aquel
desamor que había
herido gravemente y, cómo no,
mi alma
y me dio una medicina
como si el alma
fuera un intestino
o una garganta.

Y yo le dije: no necesito
medicina, necesito
cariño...

Y pensé:
lo que yo necesito,
lo que todos necesitamos,

es que se acaben todos los uniformes,
que todo cambie de sentido.

Y las órdenes,
que se acaben las órdenes,
las recetas, los específicos,
los sermones, sobre todo
los sermones.

Recuerdo que cuando yo
era un niño
—un niño niño—
íbamos a la escuela
con uniforme.
¡Venga! ¡Todos uniformados!
Qué educativo...

Y qué son las ideas
sino uniformes malditos,
si lo que necesitamos
es cariño, mucho cariño...

Y al cabo de cierto tiempo
volví al médico y me preguntó
si me había tomado la medicina.
Y le dije que no
Y él, indignado, me dijo:
¡No sé
ni cómo le recibo!

El ingeniero poético

¡Viva el ingeniero poético!
El ingeniero
que construye caminos
y canales y puertos
en el alma, en el mundo
de la libertad,
en el mar
de los sueños.

¡Viva el ingeniero
de la vida interior,
el telecomunicador
del sentimiento, de la aventura,
el industrializador
de la fantasía y del instinto
creador,
el inspector
de la música, del concierto
que nace de los sentidos
y se une al rumor
de las aves y de los bosques,
de los océanos!

Viva el ingeniero
que anima la soledad,
el silencio,
el ingeniero soñador,
el soñador ingeniero.
Viva el ingeniero poético,
el antiseñor,
el diseñador
de las alas del hombre
volador
sobre la alegría, sobre el dolor,

el ingeniero de la belleza,
el verdadero honor.

De qué nos sirven esos canales
y esos puentes,
el continente
del mundo exterior,
esos puertos
que la locura de la Razón
construye sobre nuestro ingenuo
vivir si no construimos
el mundo de nuestro temblor,
de nuestro
encendernos y apagarnos,
del inmenso y escondido amor,
el contenido
de nuestra pasión.

¡Viva el ingeniero liberador
de las fronteras, de las cárceles,
de pensamiento perverso,
de la enajenada canción,
de todos los edificios
siempre en construcción!

De qué nos sirve el ingeniero,
el zapador
dominante del mundo si ese mundo
confunde nuestros sueños,
divide nuestras vidas,
ahoga nuestra inocencia
y ciega nuestro sol.

¡Viva el ingeniero poético
y la madre —la Poesía—
—sí— que lo parió.

La conducta

Qué risa
la conducta.
Qué hipoteca.
Qué rémora.
Qué astucia.
Y qué dependencia.

Porque, en fin, la conducta
¿No la imponen los dominantes,
los conductores, las curias?

Ya sabéis: terminantemente
prohibido
hablar con el conductor,
no distraer al conductor,
es peligroso asomarse
al exterior... Y no digamos
al interior... (Qué es el interior...).

Siempre hay quien dicta
las normas de conducta
y todos obedientes
sin la más
mínima duda.

Como si nuestro vivir
no dispusiera de una mente
y de un sentir para moverse
por la tierra, por nuestra tierra.
¿Alguien lo duda?

Qué risa
la conducta.

Así que cuando nacemos
los conductores ya han establecido
nuestros circuitos, nuestros vuelos...

Cero en conducta,
me señalaban los conductores
cuando era niño, en la escuela,
cuando no me dejaba
conducir. ¡Qué condena!

Libres o conducidos,
reglas propias o ajenas:
así de sencillo.

Y, claro: los conductores
venga a señalar conductos,
reglas, asignaturas
y a extender certificados
de buena conducta...

Y venga prácticas de conducción:
esto, sí; esto, no...
Así que nacer es convertirse,
vaya nacimiento,
en eco de su voz.

Y qué bonitos nombres
tiene la conducción...

Y, en fin: un solo rebaño
y un solo pastor...
(o varios...)

Qué risa la conducta.
Digo yo...

Un príncipe

¿Y si un príncipe, en un buen momento,
dijera como el poeta:
mi mundo no es de este reino?

¿Y si exclamara:
nada de dominantes y dominados:
todos compañeros,
todos
asamblearios?

¿Y si su última orden
fuera despojar a los dominantes
de sus uniformes,
dejándoles con una mano
detrás y otra delante?
¿De sus armas? ¿De sus estandartes?

¿Y si
se pusiera a trabajar,
no sé, de mecánico,
de médico, de bombero,
que más da, pero ganándose
el pan con su trabajo?

¿Y si viera
que no es necesario
que nadie represente a nadie?

¿Y si su último acto
fuera firmar el finiquito
de todos los mandatarios,
de todas las sedes dominantes,
de todos los palacios?

¿Y si, eufórico y tranquilo,
clamara a los cuatro vientos:
¡todos a los caballitos!?

Sería el último príncipe
y pasaría a la Historia
como el príncipe más humano.

El señor Bien y el señor Mal

No resuelven sus diferencias
el señor Bien
y el señor Mal.
El señor Bien
parece tranquilo
y entonces, el señor Mal
llega y rompe
sus hechizos.
Y ¡zas!
caen todos los castillos
que el señor Bien
en la arena
hizo.
Y cuando el señor Mal
feliz con sus ingenios
¡viva! ¡viva!
exclama audaz,
llega el señor Bien e impide
que su estrategia triunfe.
Y ¡zas!
van por los suelos las murallas
de sus intrigas.
Y el señor Mal
cae prisionero.

Pero a nosotros qué nos importan
las diferencias y los enredos
y todo lo demás
entre el bueno
del señor Bien
y el bueno
del señor Mal.
Por qué nos mezclan en sus cosas,
por qué
no nos dejan en paz.

Allá el señor Bien con sus adornos
y allá con sus encantos
el señor Mal.
Han elegido nuestra casa
para luchar
y no hay un solo espacio
en nosotros
libre de su ansiedad.
¡Eso! ¡Eso! ¡De su ansiedad!
No ha de importarnos su origen
ni cómo nos pudieron
avasallar.
Hemos de levantarnos
contra el señor Bien
y contra el señor Mal
y desterrarlos para siempre
de nuestra heredad.
¡Invasores de nuestra alegría!
¡No les dejemos avanzar!
¡Avergoncémonos de nuestra historia!:
¡es la historia
del señor Bien
y el señor Mal!
Si es preciso dejemos esta especie,
busquemos otro lugar,
en donde no puedan encontrarnos
ni destruirnos
ni el señor Bien
ni el señor Mal.

Balada del soldado conocido

Es el soldado conocido.
Era muy conocido.
Le conocían muy bien
los que le habían perdido.
Qué significan
todos los monumentos
al soldado
desconocido.
Era muy conocido.
Todos
eran muy conocidos.
Dejad de enviarle flores
los mismos
que le habéis destruido.
Vosotros lo convertisteis
en soldado y en desconocido.
¡Es el soldado conocido!

La desesperación

¡Acercad vuestra lengua a mis pezones,
embriagadme explosiones, terremotos,
campos desiertos y bajeles rotos,
arpegiadme volcanes y tifones,

tempestades, tormentas, vuestros sones
abran de par en par todos mis cotos,
despellejadme vivo, maremotos,
convertid en cadenas mis pulmones,

columpiadme lianas de la selva,
llénenme de agujeros los mosquitos,
conspirad contra mí que soy el fuerte,

que el sol me abrase, que el hedor me envuelva,
los días del dolor son infinitos,
todo mi semen sórbalo la muerte!

Francotirador

Qué lástima nacer, un mundo abierto
distinguir en la sombra y engañarse,
habitado creerse y desplegarse
y fingirse, qué lástima, despierto.

Qué lástima llorar en el desierto,
a tan grave impiedad acostumbrarse,
ser un nombre, llamarse por llamarse,
despertarse sin barcos y ser puerto.

Yo soy un cazador y vivo herido,
qué lástima vivir, y soy un duende,
qué lástima ser duende y despertarse.

Vagaba por el mundo y he venido
a ver el corazón cuando se enciende.
Qué lástima encenderse y apagarse.

A la mierda

Mierda, yo te saludo complacido
cuando sales patética y caliente
luego de abandonar en el crujiente
y alimentado cuerpo tu sentido.

Nada, sin tu calor, se ve nacido
ni sin verse en tu espejo es inocente,
mierda, pues nuestro fin es tu presente,
desecho, no, sino vivir cumplido.

Es tu fermento el que transforma en huerta
un universo lleno de intestinos,
danza de lo cocido y de lo crudo,

porque sin ti la tierra es tierra muerta,
solos y muertos todos los caminos.
¡Mierda, madre común, yo te saludo!

Cantando al mundo

(de «Ausencias de la Amada»)

En amor se transforma cuanto hacemos,
todo lo que tocamos y sentimos,
lo que soñamos y lo que vivimos,
cuando nos vemos, cuando no nos vemos.

Ebrios de amor las alas y los remos
sólo para esas horas existimos,
abrazando los ramos, los racimos,
lo que tenemos, lo que no tenemos.

Saltan las olas, bañan las espumas
y se funden los oros con los plomos
y en la tierra final nos encontramos.

Y así unidas las luces y las brumas,
héroes por lo que somos y no somos,
cantando al mundo por el mundo vamos.

Lamento ácrata

¡Ellos
han!
¡Nosotros
hemos!
¡Vosotros
habéis!
¡Tú
has!
¡El
ha!
Pero, yo,
¿eh?

Soledad

Estaba solo, muy solo,
en la mayor soledad.
Me preguntaba:
a quién llamar.
Duele encontrase solo.
¡Ya!, me dije. Llamaré
a los bomberos de la ciudad.
¡Ah, los bomberos
de la ciudad!
Tardé muy poco en oír
las sirenas de sus tanques:
Iaaaaaa...iá. Iaaaaaa...iá.
Llegaron con sus mangueras y sus cascos
y con sus botas de montar.
(¿no son de montar?),
escaleras arriba, arriba
(ah, pensé, si subieran
a las casa cantando
libertad, libertad...).
¡El fuego! ¡El fuego!
En dónde está, en dónde está,
preguntaba el bombero jefe
con toda su autoridad.
¡Hola, bomberos!, les saludé desde la puerta:
¡pasad! ¡pasad!
La verdad es que no hay fuego.
Me encontraba muy solo...
¿Nunca os ha destruido la soledad?
Y pensé: subirán
con sus mangueras y sus amiantos
y ahuyentarán la soledad.
Esto, exclamó otro bombero,
¡es un abuso!
¡Una temeridad!
¡Voy a llamar a la policía!

—Eso, eso: la policía:
ella acabará con la soledad.
Es una fiesta la policía,
sobre todo
si empieza a disparar.
¡Ale, ale! ¡A disparar!
Por cada muerto a causa del fuego
cuantos no han muerto,
mis queridos bomberos,
a causa de la soledad.
Hay que apagar la soledad, les dije,
lo mismo que debemos apagar
el fuego. Qué pasaría
si se propagara la soledad...
Los bomberos no lo entendían
—propagar, propagar...—.
Subieron los vecinos asustados
—esos que esconden su soledad—.
¿Hay fuego, preguntaban
los taimados, de verdad?
Niños, policías de tráfico,
la policía municipal,
¡viva la policía municipal!,
unos pintores, con su uniforme blanco,
que venían a empapelar
—¡a empapelar! ¡a empapelar!—,
una delegación de comisarios,
los del agua, los del gas,
los del teléfono, los de la electricidad...
Por hoy, pensé, ya estoy tranquilo:
¡adiós, soledad!

Rara síntesis

Todo lo encuentro raro,
muy raro,
absurdo, muy absurdo.
No salgo del asombro.
Y qué asombro tan raro,
tan raro y tan absurdo.
Claro:
todos me encuentran raro.
Y qué absurdo
que todos me encuentren raro.
Y qué asombro
que no se vean raros
y absurdos.
Es muy raro
que vivan sin asombro,
que no vean lo raro
y lo absurdo
que es un vivir tan raro.
Todo es raro, muy raro.
Qué universo tan raro
y qué asombro
y qué morir tan absurdo
y tan raro.
Qué asombro tan absurdo
y qué absurdo tan raro.
Claro:
todos me encuentran raro.

Canción del Popocatepelt

Iré
al pococatepelt,
al popo catepelt,
al po
pocatepelt.
Este mun dejaré,
este mun, este ser,
de,
y al cratér llegaré,
al cratér,
del popó
catepelt,
catepelt.
Seré
una llama tan so
vuelta al fue
vuelta al po,
popocá,
catepelt.
Soy un ar
que ya de,
debe arder,
que ya dio
dio sus fru
entre ser
y no ser.
¡El popocatepelt!
¡El popocatepelt!
Me lanzaré,
lanzaré
al popo
catepelt,
me moripoporé,
me poporé.
Sobre las sel

y los desier
se oirá,
oiirá,
la vie, la vie
canción del po
pocatepelt,
del po
pocatepelt,
del po
pocatepelt.

(coral)

Las personas curvas

Mi madre decía: a mí me gustan
las personas rectas

A mí me gustan las personas curvas,
las ideas curvas,
los caminos curvos,
porque el mundo es curvo
y la tierra es curva
y el movimiento es curvo;
y me gustan las curvas
y los pechos curvos
y los culos curvos,
los sentimientos curvos;
la ebriedad: es curva;
las palabras curvas;
el amor es curvo;
¡el vientre es curvo!;
lo diverso es curvo.
A mí me gustan los mundos curvos;
el mar es curvo,
la risa es curva,
la alegría es curva,
el dolor es curvo;
las uvas: curvas;
las naranjas: curvas;
los labios: curvos;
y los sueños: curvos;
los paraísos: curvos
(no hay otros paraísos);
a mí me gusta la anarquía curva.
El día es curvo
y la noche es curva;
¡la aventura es curva!
Y no me gustan las personas rectas,

el mundo recto,
las ideas rectas;
a mí me gustan las manos curvas,
los poemas curvos,
las horas curvas:
¡contemplar es curvo!;
(en las que puedes contemplar las curvas
y conocer la tierra);
los instrumentos curvos,
no los cuchillos, no las leyes:
no me gustan las leyes porque son rectas,
no me gustan las cosas rectas;
los suspiros: curvos;
los besos: curvos;
las caricias: curvas.
Y la paciencia es curva.
El pan es curvo
y la metralla recta.
No me gustan las cosas rectas
ni la línea recta:
se pierden
todas las líneas rectas;
no me gusta la muerte porque es recta,
es la cosa más recta, lo escondido
detrás de las cosas rectas;
ni los maestros rectos
ni las maestras rectas:
a mí me gustan los maestros curvos,
las maestras curvas.
No los dioses rectos:
¡libérennos los dioses curvos de los dioses rectos!
El baño es curvo,
la verdad es curva,
yo no resisto las verdades rectas.
Vivir es curvo,
la poesía es curva,
el corazón es curvo.
A mí me gustan las personas curvas
y huyo, es la peste, de las personas rectas.

El capitán

El capitán
no es el capitán.
El capitán
es el mar.

El prisionero del tiempo

Comenzó porque me limitaban los años,
doce años, quince años, veinte años...
Eran límites, eran fronteras soportables:
el año que viene, cuando cumpla treinta años,
el año pasado, el nuevo año...
Eran límites amplios,
era posible la lejanía, el horizonte,
¡por muchos años! Los espacios
dominaban el tiempo
recibías la aurora, despedías la tarde
ampliamente y amabas
dulcemente los sueños.
Los años eran los carceleros
pero rondaban muy distanciados.
¡Había quien vivía cien años!
Más tarde, comenzaron los meses a limitarme,
aparecían súbitamente, todo era muy distinto,
el tiempo dominaba a los espacios,
era un límite más agobiante,
estaban más próximos los carceleros,
¡eran carceleros!:
el mes que viene, dentro de unos meses,
me oprimían mis propios límites,
¡originaba límites!
Qué había sido de aquellas apacibles distancias,
hay tiempo por delante, decía,
cuando me limitaban los años.
Ahora miraba con recelo todas las cosas,
nueves meses, tres meses, un mes de plazo,
meses, meses volando sobre los sueños.
¿Y las semanas?
Dejaron los meses de ceñirme
y un nuevo límite me controlaba, una nueva medida
extendida por todo el mundo,
cubriendo de espejismos todas sus galerías.

Contaba la vida por semanas,
semana tras semana.
Los carceleros eran los oficiales de semana,
me distraían, me envolvían en las verdades falsas,
la próxima semana, dura muy poco una semana,
la semana santa,
mi mundo era la semana, la realidad era la semana,
la semana, sólo existía la semana.
Qué era un mes sino cuatro semanas
y qué era un año sino cincuenta y dos semanas...
Y contaba las semanas
y veía la humanidad ansiosa
forzada a la semana, viviendo para el fin de semana, vivos, libres
sólo el fin de semana.
Después fueron los días,
empecé a contar los días
me sobresaltaron los días,
era cuestión de días,
pesaban enormemente los días
y deseaba a la vez que pasaran los días
y que no pasaran...
Me aferraba a los días, ¡buenos días!,
el día estaba allí, era un carcelero inamovible, omnipresente,
todo lo medían los días.
¡No era libre! ¡No podía ser libre!
El día de mi boda, el día de mi licenciatura en filosofía,
apenas encontraba un hueco para mi aventura,
apenas quedaba espacio y yo necesito espacio, mucho espacio,
no podía salirme de los días,
un día y otro día,
el día de las fuerzas armadas, mañana será otro día,
¡otro día!
Crecía la muralla de los días,
el circo de los días, un día se comía a otro día,
los límites eran insostenibles,
días de ayuno, días de alegría,
pero todo medido, era preciso obedecer al día,
despertarse al despertarse el día,
dormirse al dormirse el día,
¡el orden del día!,
un día es un día, en los próximos días...

Ahora, mientras escribo este poema,
ya no cuento los días sino las horas,
faltan tres horas, dura cuatro horas,
qué horas es, a qué hora...
Los carceleros se han convertido en mi sombra,
apenas hablo, las horas se confunden y me confunden,
límites, límites, la tarde, la mañana, el mediodía,
una hora cae sobre otra hora, aplasta a la otra,
una hora es como otra hora,
hora adelantada, horas extraordinarias,
¡hace horas extraordinarias!,
la danza de las horas, horas perdidas, el récord de la hora,
no somos seres, somos horas, cuerda de horas,
una cada dos horas, cada seis horas,
y suenan las horas y ya sólo puedes oír las horas,
y todo ha de moverse en un horario,
todo ha de estar a su hora,
todo tiene su hora,
cuántas de mis horas son mis horas,
media hora, un cuarto de hora, ¡la hora!
Me destruye pensar que he nacido para las horas,
abro las manos y las tengo llenas de horas.
¡Ah, carceleros, horas terribles que nubláis mis ojos!:
dentro, os llevo dentro, estoy lleno de carceleros, de sombras.

No quiero ni pensar cómo será mi vida
cuando dependa de los minutos, cuando
sean ellos mis carceleros y no existan
los espacios, los sueños, las dudas,
cuando mi cuerpo sea un garaje de minutos,
minutos, minutos, no tengo ni un minuto, sólo cinco minutos,
todo sucederá en minutos, qué hará de mí la furia de los minutos,
cuando no pueda perder ni un minuto,
qué humillación me aguarda cuando en mi vida
sólo se muevan las agujas de los minutos,
qué espacio puede haber entre minuto y minuto.
¡Qué oscura noche había en vosotros, meses, años,
y qué traición vuestros espacios!
¡Erais minutos, minutos, sólo minutos!
¡Que se hunda el mundo será cuestión de minutos!
Finalmente, finalmente, ah, finalmente,

cuando apenas aliente un soplo en mi sentidos
y sólo existan los segundos, sean los segundos
los que ciñan mi cuerpo, mi vida,
todo mi ser un carcelero monstruoso, un áspid, una víbora
destruyendo los últimos reflejos,
todo el mundo un carcelero horrible,
y cuando todo sean fantasmas y las ideas se conviertan en nubes
y los sentidos en cavernas
y en los últimos segundos
pasen los años, los meses, los días y las horas
convertidas en aire
y se cierren mis ojos y los rostros sin vida
rían como nunca por todos los abismos del mundo,
cómo desearé seguir prisionero del tiempo,
cómo amaré al tiempo —¡yo era tiempo, dolorosísimo tiempo!—,
cómo amaré los límites —sólo ellos no estaban muertos—,
los años y los meses,
los días y las horas y los minutos,
todos los límites del mundo.
¡Cómo me arrancará la eternidad del tiempo!

Hermanos

Sois mis hermanos, cosas, animales,
astros, ríos y selvas turbadoras,
hermanos sois, minutos, días, horas,
seres enanos y descomunales.

Hermanas las auroras boreales,
las tormentas, las playas, faunas, floras,
las calladas especies, las cantoras,
los fuegos y las tierras virginales.

Y las cuevas, las lunas y los vientos,
todas las variaciones y aventuras,
el grito hiriente y el rumor lejano.

Todos los infinitos firmamentos
y todas sus extrañas criaturas.
¡Tú, incluso, hombre terrible, eres mi hermano!

Creo en la poesía y en la mierda

Creo en Pablo Picasso y en Ionesco,
en van Gogh, en Schönberg, en Albert Camús,
en Federico Nietzsche y en Jesús,
no el santo, el libertario, ¡el juglaresco!

En Stirner, el único, el grotesco,
en la peste, en los sueños, en la pus,
en Wagner, en la náusea, en los ubús,
creo en todo lo solo y quijotesco.

Creo en Sade, ¡que Sade desenvaine!,
en Chopin, en Dalí, en la juglaría,
creo en todo el que luche y, al fin, pierda.

En Kafka, en lo mamífero, en Verlaine,
en Chico, en Groucho, en Harpo, en la alegría.
¡Creo en la poesía y en la mierda!

Sólo es noble y humano rebelarse

Sólo es noble y humano rebelarse,
niego mi servidumbre al universo.
Todo es él, lo magnífico, lo adverso,
pero todo a su abismo ha de entregarse.

Engendra pero debe alimentarse
de sus frutos, de todo lo diverso,
para existir: es su crear perverso.
Es el orden fingido, el delatarse.

No sirvo a lo que a un mundo me encadena
en donde ser contra ese ser conspira
y menos a estas sombras, a este osario.

No sirvo, sólo cumplo mi condena,
denunciando, a pie firme, su mentira;
mi mentira, perdido en lo unitario.

Héroes

Si la muerte, por fin, nos perdonara
y los seres gozáramos la vida
sin perderla, constante, enardecida
en lo eterno, si el tiempo no reinara.

Qué mágico existir si se abrazara
nuestra ilusión al mundo y encendida
permaneciera siempre y qué sentida
la aventura si siempre navegara.

Mas que perdón vendría de la muerte
si ella sólo es disfraz, encantamiento
de la vida, si es ésta quien destruye

y quien nunca perdona ni otra suerte
puede venir de su engañoso aliento,
madre y verdugo que traiciona y huye.

Bomba en la Academia

¡Yo puse aquella bomba en la Academia!
¡Ardía como ardió la vieja Roma!
El fuego terminó con su carcoma
que a toda imagen viva era blasfemia.

Ya no fija ni limpia, esplende o premia
y su vano dominio se desploma.
De sus cenizas vuela una paloma
ebria de libertad y de bohemia.

Monumento a la losa, al privilegio,
a la letra que duerme y que delira,
rata de sueños y prisión del juego.

Destrúyase, por fin, el bodrio regio,
que lo mismo valdrá, oh hermosa pira,
arder ahora o consumirse luego.

El culpable

¿Culpables?
Ya no veo culpables.
Hay víctimas
pero no culpables.
Todo nos condiciona,
nos vive, nos arrastra,
confunde y desordena.
No puedo culpar a nadie.
Pero, a la vez, pobre de mí, qué oigo
desde que yo era un niño
(no nos dejan ser niños):
¡culpable!, ¡culpable!
Todos me acusan,
juzgan y sentencian:
¡culpable!
Y tengo sueños pesadísimos,
un punzante dolor punzante,
un dolor de cabeza inmenso de cabeza.
Mi cuerpo sufre
y mi alma tiembla.
Si no encuentro culpables,
si para mí nadie es culpable
y todos me señalan
y gritan: ¡es culpable!,
¿soy en verdad culpable,
el único culpable,
el culpable?
¿Así que debería acudir a las montañas,
descender por todas las calles,
asomarme a todos los abismos
y gritar con todas mis fuerzas:
«¡culpable!, ¡soy culpable!,
¡el culpable!»?

¡Edades aquellas!

¡Edades aquellas!
¡Felices aquellos tiempos!

¡Feliz la Covadonga con sus cuevas,
con sus bermudos don Sánchez,
don Corpes con sus afrentas!

Feliz doña Godina con su almunia,
doña Zorita con sus canes,
las bulas con las indulgencias
y don Carrión con sus condes.

Don Moratín con sus leandros
y los leones
en sus altos y felices
los indíbiles en sus mandonios,
don Welloso con sus wifredos
y don Felipe con sus hermosos.

¡Y doña Guadiana con sus ojos!

Y felices
los papíscolas rodeados de espejos,
don Argensola con sus lupercios y con sus leonardos
y llenos de guzmanes los buenos.

¡Y doña Egea con sus caballeros!

Los lemos con sus monfortes,
las tolosas entre sus navas,
petronilas, urracas y filomenas.

¡Y don Guisando con sus toros!

Y dichosos
los marqueses entre los visos
los odones perdidos de villaviciosos
y don Zuma lleno de lacárregi.

Y felices
y dichosos
con sus décimos don Alfonso,
don Fernando con sus séptimos
y don Carlos con sus quintos
y primeros.

¡Feliz era doña Alba entre sus tormes
y doña Torrecilla con sus cameros!
¡Y el Madrigales en sus altas torres!
Los urdiales con sus castros,
doña Osma entretenida con sus burgos
y don Salado lleno de almoravides,
benimerines y almohades,
llenos de laurios, los rogeres
y los incas de pizarros.

Y dichosos
don Sagasta lleno de práxedes,
don Diego entre sus meninas,
y don Urbión por sus picos.

¡Y don Tratado con sus tordesillas!

¡Feliz doña Isabel con sus segundas
y don Enrique con sus cuartos
y el otro Alfonso con sus trece!

¡Y las mercedes con los magnánimos!

¡Y qué felices
las niñas con sus pinzones
y los pinzones con sus pintas
y doña Vergara entre sus abrazos!

¡Y doña Caspe llena de compromisos!
¡Y los moros con los cristianos!

Doña Villegas entre quevedos,
don Tor con sus quemadas
y don Balmes con su criterio.

Y dichosos
los crueles y los comuneros,
los infantes perdidos por las salas,
las chindas entre sus vintos,
doña Wamba por los ataulfos
y don Eurico lleno de recaredos.

¡Ah, las úbedas curioseando por los cerros,
las espoces entre las minas
y don Gonzalo jugando con sus berceos,
don Unamuno en su jugo
y doña Miranda por sus ebros!

Y Carmen con sus cigarreras
y don Argote tocándose su góngora,
las quintanillas besándose con las órdenes,
don Vasco huyendo con doña Gama
y don Juan con su cosa.

Y dichosos
don Bracamonte y doña Peñaranda,
llenas las vianas de bollos
y don Amadeo de amadeos.
¡Y felices los tantos con los montas!
¡Y doña Constitución con don Pronunciamiento!

Y el arcipreste ebrio de hitas,
las danzas sobre los granados,
doña Beltraneja tras doña Bicha,
el impotente tras el hechizado,
las fallas entre manueles y entre brujos
y los lucientes sueltos por los prados.

¡Y dichosos
y vivarachos
los cuervos sobre las motas,
las ventas llenas de baños,
las fortunatas con las jacintas
y las vegas acariciando a los garcilasos!

¡Y las aldonzas entre los barberos!
¡Y los duques llenos de carrascos!

Feliz era don Toro con la Albuera,
las aljubas metiéndose en las rotas
y los buscones con los lazarillos
y los galdoses con los barojas.

¡Y don Peral con don Narciso!
¡Y don Benito Jerónimo Feijoo
con don Melchor Gaspar de Jovellanos!
¡Y el manco, el sordo, el cojo y el divino!

¡Y la condesa llena de bazanes
y los nicasios entre cien fuegos
y muchos vitigudinos y muchos trafalgares
y castillos llenos de cepedas
y trujillos llenos de cáceres
y cardenales llenos de calderones
y los cortadillos llenos de cardenales
y los elches revolcándose con sus damas
y los almogávares persiguiendo a los magallanes
y los magallanes a los corregidores cubiertos de sombreros
y los corregidores a los capellanes
y los capellanes a los bartolomés y a los farnesios
por las casas y por las carabelas
y muchos acueductos y muchos ayuntamientos
y la paloma de la verbena!

¡Qué felices aquellos tiempos!
¡Edades aquellas!

¡En el Covent Garden!

¡En el Covent Garden!
¡Quiero morir en el Covent Garden!
¡Entre las flores y los frutos!
¡Ente las verduras! ¡Entre los animales!
¡Quiero morir junto a los carros
que transportan cebollas y tomates,
junto a las rosas y a los jazmines,
entre melones y guisantes,
entre azucenas y coles,
en el Covent Garden, en el Covent Garden!
¡Quiero morir rodeado de plátanos,
hundido entre las fresas salvajes,
oliendo a margaritas y a pimientos,
respirando el aire, el aire
de los campos lejanos, entre el bullicio
de las carretas y de los bares!
¡Quiero morir entre el tumulto
de los inocentes, de los ambulantes,
y cubrirme de acelgas y de claveles
y que se confunda mi sangre
con el rocío de las uvas!
¡Quiero morir apretujándome
entre los madrugadores, entre los transportistas!
¡En el Covent Garden! ¡En el Covent Garden!
¡Que nadie se dé cuenta de que me muero,
de que se muere nadie, nadie,
cerrando mis ojos junto a las calabazas,
junto a las madreselvas, abrazándome
a las patatas y a los limones,
perdiéndome entre las pieles y las suciedades,
entre las risas de las mujeres generosas
y entre los salivazos de los tratantes!
¡Quiero morir entre las flores y entre las frutas!
¡En el Covent Garden! ¡En el Covent Garden!

Ese hombre

SILENCIA
lo que tiene,
lo que siente,
lo que piensa,
bien oculto lo que es
—qué es—
en su apariencia.
Ese hombre
lleva la muerte a cuestas.
Si finges
fingido todo queda.
En ese hombre
quieren que yo crea.

Vivir

Tenía que haber nacido en aquella época de las diligencias,
al menos, en aquella
en que sólo existían los trenes
con sus máquinas de vapor, envueltas
en sus señales de humo.
También hubiera sido magnífico
nacer en aquellos tiempos
en que los barcos desplegaban sus velas
o en la época, al menos, de los peregrinos,
de los caminantes,
de convento en convento,
de venta en venta, de castillo en castillo.
Tenía que haber nacido
cuando vivíamos de la caza,
no digamos
en la época en que inventamos el fuego
y nos organizábamos en pequeñas asambleas o tribus,
rodeando las hogueras,
el misterio entrañable de sus llamas.
En aquellos tiempos
en que nos refugiábamos en las cuevas
y pintábamos bisontes en las paredes desnudas.
¡Fue lo primero que hizo
el alma cuando abrió los ojos!
Tenía que haber nacido cuando vivíamos en los árboles
y nos entendíamos por señas.
¡La alegría
nació en aquellos tiempos!
Mirábamos atónitos los bosques
y la tierra era virgen y nos cubríamos
con hojas y con raíces,
cuando sólo éramos naturaleza.
Tenía que haber nacido con los primeros hombres:
en aquel tiempo
de los primeros amantes,

de los primeros soñadores,
en la época de los primeros descubrimientos
y de las primeras sorpresas,
antes de que empezaran a volar las primeras palabras
y las primeras ideas.
¡Qué cortas y vulnerables y engañosas sus alas!
Cuando vivíamos juntos
los hombres, los árboles y las aves.
Cuando morir era tan hermoso
como aparecer en el mundo.
Cuando vivir
era sólo vivir, amigos...

El intraterrestre

Vengo del centro de la tierra.
Soy un intraterrestre.
Todo lo que siento
y lo que piensa mi mente
es distinto
a lo que se piensa y se siente.
No soy terrestre
y extraterrestre mucho menos.
Todo lo que sufro
no se sufre si no se viene
de la entraña del sufrimiento.
Porque la tierra sufre.
La tierra es un sol en pena,
un paraíso destruido,
un nuevo mundo perdido.
Sufre
porque alumbra incansablemente hijos
que llevan en sus entrañas la muerte,
el fruto prohibido,
la libertad prisionera,
la trampa para su latir magnífico,
la belleza para el sacrificio.
Tiempo: sólo tiempo.
Y los intraterrestres
somos los que tenemos
el corazón
condenado al abismo.
Nosotros,
intraterrestres:
los románticos,
los soñadores,
los rebeldes
enloquecidos,
entre gigantes y pigmeos.

Los pobres

Somos los pobres,
los famélicos pobres,
los mutilados pobres,
los pestilentes pobres,
por todas partes pobres,
los indeseables pobres,
los holgazanes pobres,
los miserables pobres,
los raros, los irritantes
pobres,
pobres de nacimiento,
pobres tirados por las calles,
los harapientos pobres,
los enfermizos,
los marginados,
los calenturientos pobres,
los pobres del puerto,
los contagiosos pobres,
los ciegos, los sordos,
los impotentes pobres,
los ridículos pobres,
carroñeros,
traperos,
inclasificables pobres,
pobres sobre pobres,
pobres vulgares,
pobres fantasmas,
pobres apátridas,
pobres de nadie,
pobres de nada,
pobres bien pobres,
los delirantes pobres,
en los bancos de los parques,
indeseables,
impresentables,

horripilantes pobres,
pobres con pobres,
condenados pobres,
malditos pobres,
tétricos, mugrientos,
polizontes,
polvorientos pobres,
esqueléticos pobres,
cada vez más pobres.
¡Vivan los pobres!

Salmo ácrata

¡Canta a la libertad!

Vendrán otros silencios, otras cárceles,
otras sombras te alcanzarán,
pero tú
canta a la libertad.

Vendrán otros dominantes,
otros dioses,
otros predicadores ensordeciendo,
en son de guerra,
en son de paz.

La soledad,
vendrá la soledad.
Pero tú
canta a la libertad.

Vendrán las lágrimas, otras lágrimas,
hasta el fin de tus días llorarás,
otras canciones, otros himnos,
otros tambores,
otras campanas doblarán.
Pero tú
canta a la libertad.
La libertad es la verdad.

Vendrán los uniformadores, los vigilantes,
todo te hará dudar de la libertad.
Volverán las oscuras golondrinas
de las ideas y los cuervos,
diciendo: ¡nunca más! ¡nunca más!

Verás morir a tus hermanos,
y el mundo, sepulturero de sus hijos,

los enterrará.
Verás caer todos los sueños.
Pero tú
canta a la libertad.
Porque la libertad
es la lucha por la libertad.

Otros vendrán, ya vienen,
cantando a la libertad,
porque el hombre es el alma
y el alma
sólo es de la libertad.

Vendrá tu muerte, ¡ah, tu muerte!
ni una sola esperanza dejará.
Pero tú,
en tu última y trágica rebeldía,
en tu último grito,
en tu último
y desesperado afán,
en tu último aliento
canta a la libertad.

¡Canta a la libertad!

Poemo

Me asomé a la balcona
y contemplé la ciela
poblada por los estrellos.
Sentí fría en mi caro,
me froté los monos
y me puse la abriga
y pensé: qué ideo,
qué ideo tan negro.
Diosa mía, exclamé:
qué oscuro es el nocho
y que sólo mi almo.
Y perdido entre las vientas
y entre las fuegas,
entre los rejos.
El vido nos traiciona,
mi cabezo se pierde,
qué triste el aventuro
de vivir. Y estuvo a punto
de tirarme a la vacía...
Qué poemo.
Y con lágrimas en las ojas
me metí en el camo.
A ver, pensé, si las sueñas
o los fantasmos
me centran la pensamienta
y olvido que la munda
no es como la vemos
y que todo es un farso
y que el vido es el muerto,
un tragedio.
Tras toda, nado.
Vivir. Morir:
qué mierdo.

La silla

Entré
y allí tenía la silla,
mi silla.
Nadie iba a sentarse,
nadie iba a ocupa mi puesto.
Cuando te contratan,
si es que te contratan,
va incluida la silla.
Allí te pasas
todo el tiempo, sentado
y bien sentado.
Eso sí, te levantas
de cuando en cuando
(también en las galeras
se levantaban de cuándo en cuándo).
Pero debes volver a ella,
el Ojo te vigila,
muchos ojos alerta.
Debes cumplir
el encargo...
La silla y tú,
eso si que es dialéctica.
Yo soy yo y mi silla,
debió decir Ortega.
Pero Ortega
era una metafísico,
un metasillas:
qué sabía de sillas,
qué sabía de cuerdas
de presos.
No lo parece
pero esa silla
es una silla de ruedas,
es una silla eléctrica:
descargas lentísimas que te anulan,

que te esclavizan sin darte cuenta
(y aunque te des cuenta).
Allí tenía mi silla
y si me fuera de allí
allí a donde fuera
me esperaría una silla.
Para el Sillero
es evidente, es evidente,
que yo soy
la circunstancia de la silla...
La cuestión es tener
unas cuantas sillas
y mantener sentados, bien sentados,
a los que llegan
(La Empresa...).

Y sillas en los teatros,
sillas en las escuelas,
sillas en las iglesias
(esas que se llaman bancos),
sillas en los ateneos,
en las salas de espera
(qué es el mundo
sino una inmensa sala de espera).
Y sillas en las casas,
el alma llena de sillas.
Nacer
es sentarse en la silla
que te encuentras.
Me paso la vida vomitando sillas,
arrojando sillas,
sacando de mis sueños las sillas,
quemando sillas...
¡Hay que quemar todas las sillas!
Y aquí estoy:
en mi silla.

Cada vez

Cada vez más común,
cada vez más plural,
menos singular,
menos propio,
cada vez más igual,
más repetido,
más copia,
menos original,
menos yo
cada vez.
Cada vez
más estar,
menos ser,
más especie,
menos impar.
Cada vez
más mortal.
Cada vez.

Y se van los versos

Vuelven los versos,
versos migratorios,
versos rapaces,
versos mensajeros,
vuelven de sus bosques,
vuelven de sus silencios,
versos de paso,
vuelven de sus nidos viejos,
vuelven de sus horizontes,
versos palmípedos,
versos torcaces,
versos de las nieves,
versos de los océanos,
vuelven los versos,
libres y fugaces,
audaces, fugitivos,
versos cantores,
presagiando el final,
anunciando el principio,
amorosos, heridos,
versos, versos,
de las terrazas de las ciudades,
de las cantinas de los puertos,
versos nocturnos,
versos del paraíso,
versos voladores,
versos carpinteros,
vuelven cuando menos
espera el corazón
sus vuelos,
nos pueblan los versos,
nunca tuvo el tiempo
mejores carteros,
atraviesan el desierto,
sobrevuelan los mares,

vienen de las bodas,
vuelven de los apareamientos,
apartan las tormentas,
despiertan a los sueños.
¡Vuelven los versos!
Y se van los versos...

Barcelona, abril-agosto de 1997

Puertas al campo

¡Venga! ¡Venga!
¡Puertas al campo!
¡Que no quede ni una área,
ni un palmo,
sin encerrar en un muro!
¡Puertas al campo!
¡A edificar sobre los ríos,
todos los ríos subterráneos,
a talar todos los árboles,
puertas al bosque, edificios
sobre las raíces de los viejos álamos!
¡Qué es eso del campo!
¡Qué significan las llanuras,
las huertas y las tierras vírgenes!
¡Puertas al campo!
Cubrir de cemento los trigales y los tomatales
y puertas y más puertas,
construcciones y dragados,
pasillos y triturados.
¡Puertas al campo!
¡Puertas al campo!
Cubrir todos los espacios,
los ríos caudalosos y risueños:
llenarlos de oficinas y archivos,
cubrir todos los sueños.
¡Puertas a los sueños!
Porque en ellos es en donde crecen
las plantas más salvajes.
¡Hay que anegar los sueños!
¡Puertas a los sueños y a los campos!
¡Panópticos! ¡Panópticos!
Esto gritaban sus emisarios.
Esto se oía
entre risas de los sueños y de los campos...

Las hermanitas de los pobres

Qué sería de los pobres
sin las hermanitas de los pobres.
Quién les consolaría,
les salvaría del suicidio,
les haría felices.
Y cuántas hermanitas:
una hermanita para cada pobre...
La hermanita estrella de los cielos,
la hermanita paloma de los parques,
las hermanitas flores de los jardines,
las hermanitas barquitas de los puertos.
Va un pobre,
contempla las barquitas,
y piensa: no soy tan pobre
si puedo contemplar las barquitas...
Las hermanitas fuertes,
la hermanita fiambrera,
las hermanitas tabernas,
¡ah, las hermanitas tabernas de los pobres!
La hermanita tristeza...
La hermanita noche:
quién acoge a los pobres
tan dulcemente como la hermanita noche.
Las hermanitas alucinaciones.
Tengo alucinaciones,
le dice un pobre a otro pobre.
Cuánta compañía hacen las alucinaciones...
La hermanita ciudad
llena de paseos y de árboles
por donde van tranquilos los pobres...
La hermanita libertad
que un día los despierta...
¡Vivan los pobres!

Nana ácrata

Duérmete niño, que viene el coco,
el que le cae el moco,
el del mocho toco,
el ladrón del Banco y el del zoco
(unos tanto y otros tan poco...),
el del Támesis, el del Volga y el del Orinoco,
el bestia y el barroco,
el estreptococo,
¡que viene el estreptococo!,
la galerna, el siroco,
(a éste engaño y a éste provoco),
el que se hace el loco...
Tendrás que acabar con todo poco a poco...
¡Duérmete niño, que viene el coco!
Que el sol, y no otra luz, sea tu foco.

Florecilla

El viento
abre todas las puertas.
La razón
las cierra.

Mundo feliz

Han transformado por mí,
han viajado por mí,
han soñado por mí,
han pensado por mí,
han decidido por mí,
han vivido por mí...
¡Hasta han muerto por mí!

El tren expreso

Sí, sí, el tren expreso,
qué digo expreso: ¡expresísimo!,
el velocísimo
tren del progreso,
que andando se hace camino,
decía el ingenuo:
el tren
de los grandes expresos europeos
transhemisféricos,
invento sobre invento,
¡ánimo, mamíferos!
Pasos extraordinarios,
brillantísimos,
inauditos:
los grandes almacenes,
los grandes edificios,
¡los rascacielos!,
los viajes al infinito
y los hilos...
Cómo que los hilos:
¡sin hilos!
Pronto el infinito
se nos hará pequeño,
se inventarán y, sino, al tiempo,
infinitos de bolsillo...
Y las ciencias que adelantan
y el suicida y el místico
y los ojos atómicos
y los juegos olímpicos
y los encantamientos
¡y los torneos políticos!:
¡el invento del siglo!
¿Una quimera el oro?
¡Una participación
en los beneficios!

Pero qué digo, qué digo...
Y el castigo y crimen,
el crimen del castigo,
el panóptico
y sus panegíricos,
la intervención quirúrgica,
¡los ismos!
Y no digamos
los revueltos ríos
y sus pescadores
y el globalismo,
el invento del globalismo,
el canibalismo
banquero,
(el banquero
que todo lo aprendió en los libros...).
Qué digo expreso:
¡expresísimo!
El teléfono cóncavo
y el cúbico,
el cohete dirigido:
¡ojo al cohete dirigido!,
el calentador,
el frigorífico,
¡el anticonceptivo!
El planeta de los inventos:
¡invéntese usted mismo!
Y los eruditos
y los académicos.
Ahí es nada: ¡académico!
Y los aladinos
llenándonos de lámparas maravillosas
los cinco continentes
y los cinco sentidos.
¡Y los submarinos!
¡Reíos de los tiburones,
de los anfibios!
¡Qué avances! ¡Qué progresos!
Pienso, luego existo:
existe lo que pienso...
Y los productos químicos,
y los poderes sicológicos

y los metafísicos.
Un tren expreso
llegado aún no salido.
Y las órdenes
a tiro limpio,
todo hay que decirlo.
Y los avances sintéticos
y las mafias, grandes expresos
vibrantes y frenéticos.
No quedará neurona sobre neurona,
ni principio sobre principio.
¡Cómo nos reímos de Arquímedes,
el del principio!
¡Y de los enanitos!
Un mismo mundo
lo soñado y lo vivido...
El tren expreso de los dominantes,
de los ordenadores,
que para el caso es lo mismo.
Y un hígado de vaca
y un corazón metálico
y un miembro de vidrio.
¡Reíos del rey Midas,
de Trajano y de Tito!
Un tren expreso cada pueblo,
¡cada individuo!:
¡la apoteosis del Olimpo!
¡Qué digo del Olimpo:
del paraíso!
En fin: de la ínsula Barataria
a la cueva de Montesinos...

El enfrentamiento

Qué fácil lo tendría el señor u
si fuera u y sólo u
y qué felices viviríamos
en lo di
si lo di
fuera sólo lo di.
Pero he aquí
que el señor u
es u pero es di
y lo di
es di pero es u.
Y aún
si no fuera el enfrentamiento
lo que mantiene
lo u
y lo di...
Y qué nombres recibe
y qué representantes en la tierra
—válgame u—
tiene el señor u
y qué tramposa y confusa
es la di...
No sé si se da cuenta
el señor u
de que su existir
—es un decir—
se transforma en di
y lo di
—no hay poca presunción
ni vanidad en nuestra di—
que es gracias a lo u
que aparecemos y que, por fin,
volvemos para siempre
a lo u.
¡Qué u

y qué di!
Le duele transformarse a lo u,
dividirse, molecú
lizarse, no
lo resiste, acaba
destruyendo sus pro
pios fru
y qué uniformes y qué símbolos
y qué ostentación...
El caso
es que no hay solución:
a ver quién cambia la estrúc...
Claro que no es lo mismo
representar al señor u
o moverse en la di...
Ah, la imaginación,
loca por el mun...
Qué es el mun
sino el enfrentamiento
entre lo di y lo u,
tratando de definir,
de dominar, usufrúc
¡usufrúc! ¡usufrúc!
Yo soy di
pero soy u.
Cualquier relación
o fusión
es un enfrentamiento
entre lo di
y lo u.
Ha de cambiar el in,
hemos de cambiar la so,
pero llegando a la es
estamos ante la misma
situación...
Ya cambia la es
y surge otra es,
ya cambia la so
pero surge otra so.
Y el in, pobre in,
es el último mo...

El caso es que en mí
sólo veo confú,
deslumbramiento,
pasión,
inútil pasión.
Qué es la pasión
sino el enfrentamiento
entre la di y lo u.
Y como nadie formó
esta estructu,
nadie podrá cambiar
su ma de ser y de existir
y nunca cesará
el enfrentamien.
Quizás sin enfrentamien
no habría energí...
Ahora bien, es cuestión
de aclararlo
una y otra vez;
mucho enfrentamien,
todo es enfrentamien,
pero en la di
unos somos di
y otros son la u,
el señor u...
¡Camino de perfección!
¡Camino de perfección!,
claman los deslumbrados por lo u.
¡Ni u ni u!,
se oye desde la di...
Pobre di
y pobre u,
si todo se reduce
al enfrentamien,
si sólo, sólo así
es posible el mun...
Triste eternidad,
triste finitud...

Plazo

A corto, pero ¿a largo?
Nos dividimos,
nos cuarteamos,
no desafiamos al tiempo,
todo sucede a corto plazo,
sólo vivimos para el corto plazo,
sólo pensamos a corto plazo,
qué fácil
engañar y engañarnos
a corto plazo,
cada vez más cortos los plazos,
vendemos nuestro tiempo a plazos,
nos roban nuestro tiempo a plazos,
nos imponen los plazos,
los dueños de los plazos,
hay que cumplir los plazos,
imposible vivir a largo plazo,
pensar a largo plazo,
los horizontes
se vuelven compartimentos estancos
y la verdad se aplaza,
va para muy largo plazo
y la vida
sólo puede entenderse a largo plazo,
la poesía sólo es posible a largo plazo,
fuera de ese mundo a plazos,
plazos, plazos,
qué fácil dominarnos a plazos,
confundirnos a plazos,
ocultarnos
lo que veríamos a largo plazo,
cómo alcanzar la sabiduría a corto plazo...
Ah, pobre especie,
nacida a largo plazo,
con tiempo para desenvolver sus mundos

y reducida a los plazos.
Y quién marca los plazos,
quién transforma un mundo abierto
en un mundo cerrado,
prisionero del tiempo,
lóbrego y carcelario
(qué es un plazo
sino una cárcel,
un destierro),
sino la propia mente
enloqueciendo con el tiempo,
vencida por sus propios plazos,
sus fronteras: qué son
las fronteras sino plazos,
un mundo a plazos,
la libertad a plazos...
Cómo soñar a corto plazo
y amar, cómo amar
a corto plazo...
¡Sólo se puede amar a largo plazo,
sin plazos!
Y cómo comprendernos a corto plazo...
Hablar sólo tiene sentido
si hablamos a largo plazo
y hemos convertido la palabra
en plazos, en cómodos plazos...
¡Ah, si no cumplimos los plazos,
si no nos sometemos a los plazos!
Y cómo conquistar la inocencia
a corto plazo,
cómo hablar a la aturdida especie del largo plazo,
cómo salir de la zarza ardiendo de los plazos cortos,
de los sueños cortos,
de las ideas cortas,
de los abrazos cortos.
Cuando, por fin, aparece una especie
llamada al largo plazo,
a los horizontes lejanos,
a conseguir la plenitud que sólo
ha de lograrse a largo plazo,
cómo la destruimos,

cómo la limitamos,
los mismos
que debiéramos vivir para alcanzarlo...
¿O es un engaño?
¿O es imposible el largo plazo?
¿O sólo el universo,
el unitario,
vive a largo plazo
no así sus mundos,
sus pequeños mundos sacrificados?
¿Es que un mundo aparecido para la muerte
puede pensar su vida a largo plazo?
¿Qué existe a largo plazo sino la muerte?
Ya es mucho que vivamos a corto plazo,
de plazo en plazo,
pagando todos los plazos
(pero unos pagando y otros cobrando...),
ya es mucho
que no nos ahoguen los plazos...
Cuánto nos da de plazo
el mundo para existir,
qué son los años sino plazos,
que son las leyes sino plazos.
Entonces, por qué nació
una especie configurada
para vivir a largo plazo.
¿O es que puede pensarse un alma llena de plazos,
sumergida continuamente en los plazos?
Ay, que yo escribo a largo plazo.
Ay, que los Lizanotes cabalgamos
hacia los horizontes claros
sin cárceles, sin plazos
y sólo se puede andar
paso a paso, plazo a plazo...
Ah, locura sublime.
Ah, trágico engaño.
¡Plazos, plazos!
Malditos plazos...

La idea higiénica

¡Qué invento el papel higiénico!
¡Qué beneficio para la especie!
¡Ah, si no fuera por los inventos!
¡La nuestra
es la especie inventora!
Así
que a ver cuándo inventamos
la idea higiénica,
la idea que elimine
los restos putrefactos de las ideas,
de las ideas indigestas,
estrangulantes,
las heces adheridas
a las células del cerebro,
ideas infecciosas,
pestilentes,
los coágulos
que impiden tener ideas,
que evite sobre todo
las tifoideas,
¡ah las ideas tifoideas!
¡Excrementicias! ¡Intoxicantes!
Hay que procurar la limpieza
no sólo del culo
sino de la cabeza.

Hay que inventar la idea higiénica
que limpie a la especie
de siglos y siglos
de obstrucciones y diarreas,
que pueda pensarse limpiamente.
¡Qué especie tan distinta!
¡Qué invento tan tonificante!
¡Ese sí que será el hombre nuevo
cuando acaben las indigestiones
de las pesadísimas ideas
y podamos tener
las nuestras,
digerir todos los secretos,
sanar todas las mentes enfermas.
¡Inventemos de una vez
la idea higiénica!

La coincidencia

No le deis más vueltas:
es la coincidencia.
Yo soy una coincidencia
de dos coincidencias
envueltas
en un sinfín de coincidencias.
Y tú
¿eres o no una coincidencia
llena de coincidencias
en un mundo de coincidencias?
Y qué es el mundo
sino la coincidencia
de todas las coincidencias.
Y qué coincidencia:
a todos nos elimina
la misma coincidencia.
No le deis más vueltas:
sólo existe la coincidencia,
nada existe
si no se da la coincidencia,
angustiosa coincidencia,
fatal coincidencia.
Ella es la que ordena y desordena.
(No hay efecto
sin coincidencia...)
Lo cierto es que estoy aquí
por pura coincidencia...
No le deis más vueltas:
un sinfín de cambios,
un sinfín de fuerzas,
un sinfín de causas
pero es la coincidencia
la que los relaciona,
la que los origina,
ella

la indescifrable,
la oculta,
la desencadenante.
(Vivir
es ponerle nombre a la coincidencia...).
Nada existiría
si no existiera la coincidencia.
¿Os imagináis un mundo
en el que nada coincidiera?
No le deis más vueltas:
es la coincidencia.
Quién se atreve a decir
que es algo más que una coincidencia,
un sinfín de coincidencias
en un mundo
lleno de coincidencias.
(O no crea el órgano
la coincidencia...)
Pobres de nosotros
que dependemos de la coincidencia.
Y qué coincidencia:
todos soñamos que pensamos,
que nada es coincidencia...
Pobre Ortega,
confundiendo la circunstancia
con la coincidencia...
Yo sólo sé
que soy una coincidencia.
(Y qué valor
tiene una coincidencia...)
Le llaman destino,
el proceso,
la paloma de la verbena...
Pero es la coincidencia,
todo
una coincidencia.
No le deis más vueltas.

La Columna Poética

Versos
en lugar de soldados,
olivos en lugar de mástiles,
fiestas, no trincheras,
no fusiles,
estrofas,
flores en lugar de banderas,
jardines,
no cercos, no checas,
no uniformes,
poemas,
ingenuos en lugar de espías,
libertad, no victoria,
verso libre en lugar de reglas,
molinos en lugar de gigantes,
niños con piel de hombre,
no asesinos
con piel de justicieros,
romances en lugar de estrategias,
alas
para las mentes, no rejas,
aventuras,
en lugar de tácticas,
liras, no tambores,
personas curvas, no personas rectas,
no intriga,
música,
sueños en lugar de radares,
coplas, no discursos y arengas,
viajes, no desfiles,
licencias poéticas,
no reclutamientos,
no fronteras,
soñadores,
no dominantes y dominados,

la conquista de la inocencia
no la conquista del mundo,
nocturnos, no dianas,
no sectas, no mafias,
únicos y compañeros,
no grandes parlamentos,
pequeñas asambleas,
odas,
cánticos,
no juicios, no trompetas,
ideas al servicio de las vidas,
no vidas
esclavas de las ideas,
de sus profetas,
románticos,
no jefes y subalternos
(¡plaga
de jefes y subalternos!),
líricos,
no fanáticos,
contemplación,
no ordeno y mando.
¿Cómo?
¿Cuándo?
¡Adelante la Columna Poética!

La conquista de la inocencia

Resulta que soy un niño,
que todo
ha ido haciéndome un niño,
que el sufrimiento y la alegría me han hecho un niño,
que como un niño
todo lo he ido transformando en sueños,
jugando con mis sueños y con mis versos,
resistiendo con ellos,
que contemplar todos los mundos me ha hecho un niño,
que yo iba como todos para ser un hombre
y las fronteras me han hecho un niño,
los fingimientos y los límites:
todo me ha hecho un niño;
que la locura me ha hecho un niño,
verla, palparla,
a través de todos los disfraces y de todas las máscaras,
que el asalto de la razón a todo lo que vive
me ha hecho un niño,
que sorprenderme por todo me ha hecho un niño,
desear un vivir que sobre todo fuera una aventura,
que me ha hecho un niño
el engaño de cuantos han crecido,
que les hacían hombres
las trampas de los dominantes,
que dejas de ser niño cuando te conviertes en dominante,
que el dominio de las abstracciones me ha hecho un niño,
que al parecer eso es ser hombre,
que he preferido ser un niño
para salvar todo lo creativo,
que mi mundo
no es de este reino perdido,
para dar a los sentidos lo que es de los sentidos,
al instinto lo que es del instinto,
que los sueños me han hecho un niño,
que no podía vivir si no era un niño,

que me ahogaban las órdenes y las leyes.
Resulta que muchos de los que se hicieron hombres
y no buscaron la inocencia,
al final de sus vidas
recuerdan con nostalgia lo que tuvieron de niño,
porque a ser hombre llaman
vivir en un mundo de dominantes
y sometidos,
que la soledad me ha hecho un niño,
que el darlo todo y el haberlo perdido
me ha hecho un niño,
que he sido un poeta maldito porque soy un niño,
que me ha hecho un niño
ver que lo único importante
es buscar la inocencia entre la astucia,
que cuando he amado
me he convertido en un niño,
que comprender que hay víctimas pero no culpables
me ha hecho un niño,
que por ser un niño
mantengo la ilusión a pesar de los desencantos
y de la sangre derramada
entre las trampas y los mitos,
que ver cómo caemos todos en las innumerables trampas
me ha hecho un niño,
y que de no ser un niño
nunca hubiera nacido en mí la rebeldía,
que es preciso
comenzar a rebelarse a uno mismo,
no seguir la consigna de ser un hombre,
que soy poeta porque conquisto la inocencia
cada vez que abro los ojos y contemplo las cosas,
que a ser niño
es lo único que he aprendido
y porque observo que todos los seres
con el mismo destino:
nacer para la muerte,
no dejan de ser niños;
que un pájaro siempre es un niño,
que un árbol siempre es un niño,
que un perro siempre es un niño.

Y porque pienso qué es un hombre
si deja de ser niño,
que se equivocan las escuelas
que intentan hacernos hombres
prometiéndonos falsos paraísos,
que la anarquía sólo será posible
cuando todos fuéramos niños,
cuando todos partamos
a la conquista de la inocencia,
que escribo este poema
porque resulta que soy un niño...

La Acracia

«He descubierto tierra»
es el primer verso,
el primer paso
de mi aventura poética
siempre presente en ella.
No podía saber entonces
qué tierra
había descubierto
pero supe enseguida que mi destino
era explorarla, vivirla,
conocerla.
Y así, a medida
que me ha vivido
y la escribo, dando
testimonio de ella,
he sido consciente de su esencia,
de sus caminos, de sus mundos,
de lo lejos o cerca
que estamos estos seres
humanos, nacidos
para llegar a esa tierra,
esa tierra
siempre prometida
pero no siempre auténtica.
Y ha sido magnífica la aventura
porque han ido cayendo
los montajes, los espejismos,
los fantasmas de la Razón,
las absurdas ideas,
avanzando, como todos
los que somos vividos
por la aventura creativa,
dejando testimonio
de cuanto hemos soñado
y vivido.

A lo largo de este proceso
se iba formando un mundo,
un mundo mío,
que ha resultado ser
el que todos tenemos
desde que nacemos hasta que morimos,
y que tantas veces perdemos.
Y que morimos
sin conocerlo.
¿Cuándo termina la aventura?
El día en que contemplas esa tierra
aunque no puedas alcanzarla
pero descubres que es la única
tierra a la que vamos,
lleguemos o no lleguemos.
Esa tierra es la Acracia.
(Como veis
ninguna semejanza
con esas promesas fantasma...)
Hace tiempo
que os vengo hablando de ella.
Inconfundible
con esos espejismos,
con esos reinos
llenos de fronteras, de diferencias,
de sombras,
de holocaustos,
de falsos límites,
de inútiles mandamientos,
de leyes opresoras,
de enloquecidos dominantes...
en donde lo creativo se exilia,
lo sensible, el vernos
como somos.
No es que debamos
vernos compañeros,
¡es que lo somos!
y así lo vemos
en cuanto vivimos libres
nuestro pensar y sentir,
comprendiendo, coordinando

lo que de social, natural e individual
tenemos.
La tierra de las pequeñas asambleas
que ya debiéramos
empezar a construir aquellos
que de algún modo soñamos,
es decir, vemos,
y luchamos por ella.
Porque al tiempo
que la descubrimos,
que la vivimos, que nos vive,
van cayendo los mitos,
van perdiendo
su voz las retóricas,
desmoronándose los escenarios,
palideciendo las liturgias
de los montajes
de los falsos sueños
y así las vidas se liberan
de las ideas, ¡y qué ideas!,
que nos anulan.
Asumir la tragedia y la Belleza,
comprendernos y ayudarnos...
«Mi patria es mi mundo»,
hace tiempo que se dice en nuestra aventura,
«mi familia, la humanidad, la especie».
Ya veremos
qué hacemos con lo diverso
que tanto nos enriquece y confunde
desde esas asambleas,
la nueva estructura
que olvidará
ésta de dominantes y dominados
en la que aún vivimos.
La tierra prometida:
ésa es la tierra que descubrí al comienzo
de mi aventura poética.
La Razón, el dominio
es lo que impide la libertad
de pensar y sentir, la vida
interior, tan prisionera o confundida

y que sin ella, ya lo vemos,
nunca veremos, ni podremos
acercarnos a esa tierra
prometida desde que nacimos,
desde que nuestra especie
dio un salto magnífico
haciendo posible una plenitud
que ninguna otra especie tiene
en sus orígenes, en su aventura.
He descubierto tierra, compañeros,
y éste es el mensaje que ella os envía
a través de mis poemas
y de mis sueños.
Es más: a través
de mis sueños
y de mis poemas.

La verdad

Es triste la verdad. Es lo más triste.
Vivimos de verdades que nos viven,
verdades que inventamos y se escriben
como leyes de un mundo que no existe.

La Razón, su locura, se reviste
de fantasmas perdidos que reciben
nombres que nos dominan y perviven
fingiendo la verdad. En qué consiste

esa alucinación que determina
el dominio que la convierte en diosa
sino en el falso sol de nuestra esencia.

Huye de ese conjuro que la anima,
confusa y tan sangrienta y venenosa.
No es la verdad la luz. Es la inocencia.

Florecillas

I
Piensa el soñador
que todos son
de su condición.
Grave error.

II
El dilema
no admite duda:
inocencia
o locura.

III
¿Todos compañeros?
Entonces a revisar los códigos...
Sobre todo, el ético.

La compañera de mi vida

Sueño con encontrarme en tu armonía
y descansar del mundo y su estructura,
sueño con olvidar tanta locura
recobrando en tus brazos mi alegría.

Sueño con animar la Poesía
en la calma que otorga tu envoltura,
la que da libertad a mi aventura
de fundir inocencia y rebeldía.

Sueño que seas tú quien me consuele
de tanto desamor, de tanto anhelo,
inquieto en el vivir a que me obligo.

Sueño que seas tú quien me desvele
hasta lograr, por fin, el alto vuelo,
conmigo siempre, soledad, conmigo.

A la Acracia por la inocencia

Hola, Hola,
¡tate, tate, folloncicos,
duques, bachilleres y sansones carrascos,
curas y caballeros y dominantes
y viles criaturas!
¡Y Maritormes y Aldonzas
y falsas dulcineas y altisidoras!
¡Y quijotines y sanchotes!
¡Cuidado, cuidado,
que llega Lizanote
con su mochila filosófica!
¡Tate, tate, profesores de ética,
de física y de metafísica,
envueltos en los viejos conceptos
que apenas intuyeron que la filosofía
significa
amar a la sabiduría!
¡Y en dónde, me pregunto, en dónde,
en qué facultad o academia,
en qué prostíbulo ideológico
respiran el amor y la sabiduría!
¡Ay, que por eso Lizanote
se encontraba tan solo en aquella
universidad ficticia
cuando empezaba su aventura,
cuando exclamó «He descubierto tierra»!
¡Cuidado, que aquí llega
uniendo dos conceptos tan difíciles
de encontrar en las escuelas
que por los siglos andan
explicando el mundo!
Es más: qué osadía
cuando exclama, cuando empieza
a despedirse de los sueños:
¡A la Acracia

por la inocencia!
Y Lizanote confía,
confía en que este siglo
oiremos nueva música,
leeremos nueva poesía,
contemplaremos nuevas aventuras de los colores,
de las formas y de los bodegones,
de los paisajes y de las flores.
El sin par Lizanote
cree en la inocencia y en la Acracia,
anima a la única,
a la verdadera independencia,
a la nueva estructura
que acabe con la que aún nos determina,
y nos demos cuenta
de que es necesario organizarse
pero no, ah, maldita
locura de nuestra diosa,
que unos organicen y dominen
para que otros, dominados y solos,
perdamos la libertad de nuestra mente
y de nuestro sentimiento,
de nuestra identidad humana.
He aquí, compañeros,
la aventura hace tiempo descubierta,
defendida hace tiempo
aunque mal defendida y proyectada.
Para cuándo empezar esa aventura
de comenzar la Acracia aun a riesgo
de nuestro vivir sometido.
Ah, malandrines, ah, bellacos,
qué hacía falta para el comienzo
de la nueva estructura:
la inocencia, hacía falta la inocencia,
el vernos compañeros
porque ya somos compañeros,
el denunciar a la Razón,
el señalar sus engendros,
el abrir las puertas
a lo sensible y a lo consciente,
a lo creativo y vernos únicos.

No podemos
vernos compañeros
como si todos fuéramos uno,
como señalan todavía
viejos metafísicos y mentalizadores.
Ah, mentalizadores, mentalizadores:
la Acracia nace de la libertad
de nuestro sentir y de nuestro
pensamiento. ¡Pensamiento
nuestro que estás en los sueños!
Eran otros tiempos
cuando los soñadores andantes
trataban de derribar a los molinos,
y derrotar a los rebaños.
Claro que eran gigantes y ejércitos
y siguen siéndolo,
y siguen
saliendo duques y bachilleres por todas partes,
ínsulas y dominios.
Ah, valeroso Hidalgo,
de la triste figura Caballero,
inocente andante de aquellos tiempos:
la Acracia ha de nacer de nuestros sueños,
de la inocencia de nuestra aventura.
Si permitimos que la mente
y el sentir se desarrollen
según su naturaleza
sin que la Razón imprima
sus órdenes y conceptos
brotará la Acracia como el fruto
de la inocencia más hermoso.
Cómo es posible, filósofos enfermos,
que tantas veces habéis visto
a la Belleza como un adorno,
a la inocencia como un florero,
que comprendierais a nuestra especie
abandonada a su suerte.
Mirad: contemplad su vida
lejos, tan lejos,
de superar esta estructura
que nació con nosotros.

Y es que nosotros
no sólo
somos planificadores y dominantes
sino sensibles creativos,
mamíferos y soñadores,
y que aspiramos
a ser únicos
y compañeros.
¿La inocencia? No necesita libros,
ni fórmulas, ni ordenamientos,
necesita nacer
libremente en nosotros.
Cómo se derriban los muros,
las fronteras, cómo
se cierran los falansterios,
las cárceles, los gulags;
los templos:
cuando las mentes y las almas
se desentienden del dominio.
Dejemos que los gigantes se derrumben
y los ejércitos ya no puedan
sostener dominados,
cuando ya no sean posibles monumentos
al soldado desconocido
porque todos seremos conocidos,
únicos y compañeros.
Dejemos que la inocencia nos conduzca a la Acracia.
Sólo ella puede construirla.
O qué pensabais, ¿que la Acracia
sería un nuevo reino?
¿Que iban a construirla
los arquitectos de los dominantes?
¿Los jefes del Ejecutivo?
¿Los capitanes generales,
los comisarios, los papas
y a ellos unidos, los obispos?
¿Los anarquistas politizados? Hola, Hola, compañeros,
que compartís conmigo
el pan nuestro,
la libertad nuestra,
la vida única de cada uno,

compañeros
en la aventura poética,
con todos nuestros límites
y todos nuestros sueños:
¡A la Acracia por la inocencia!

Pequeñas asambleas

A medida que nos fuéramos
dando cuenta
de que podemos organizarnos,
de que no es necesario
que otros nos organicen
—¡al contrario!—,
irían surgiendo
pequeñas asambleas
(pequeñas asambleas
libres y coordinadas...).
¡Qué tiempos! ¡Qué épocas!,
aquellas en las que nuestra especie
se dividía en Estados,
reinos y Naciones,
provincias, ayuntamientos,
y barrios
(si hasta existía, qué afán,
el alcalde de barrio...),
que estábamos divididos
en dominantes y dominados
(los dominantes, llamados
dueños, señores, amos,
reyes, presidentes, jefes,
ejecutivos, dioses...).
(Y, claro:
quién con un palmo
de ambición preferiría
ser un dominado...)
¡Pero si todos
somos mamíferos!,
dirán los niños... Qué raro.
Era nuestra estructura.
¡Qué tiempos! ¡Qué pasmo!
Y así surgían las luchas,
los enfrentamientos, las guerras,

los asesinatos
(eso sí, desfiles,
estandartes, banderas,
medallas, monumentos,
como aquél al soldado
desconocido...
¿desconocido? Vamos...)
para lograr el dominio
desde la cátedra al Congreso
de los diputados...
Y cuántas vidas
sacrificadas en vano, eso sí, entre retóricas,
símbolos y ceremonias.
Y no digamos
cuando inventamos la existencia
del señor Bien y el señor Mal,
y un mundo dividido
en buenos y malos.
Encima, pobres
de nosotros, tan complejos
y tan raros,
tan necesitados...
¿Pequeñas asambleas?
¿Una nueva estructura?
¿Ni dominantes ni dominados?
¿Y las diferencias?
Y es que nos dominaban
las diferencias
y olvidábamos
los problemas comunes,
que sólo es posible resolver
con la ayuda mutua.
¿Y la ayuda mutua?
Claro:
formamos una especie,
todos
somos compañeros.
Y todos únicos.
(Ésa es la clave de lo humano
como se prueba en cuanto
viven en libertad

el pensamiento y el sentir.)
¿Pensar y sentir en libertad?
Pues claro...
Ya se irían borrando
los malditos recuerdos
de esta estructura que nos ciega.
Qué humanidad aquélla,
pensarían los niños
en las escuelas
(escuelas
que también serían, cómo no,
pequeñas asambleas...).
Aquélla de las vidas
al servicio de las ideas
(el Bien y el Mal, casi nada,
entre ellas...)
del núcleo que nos tiraniza.
Ya sabéis: la Razón,
así se llama...
¡Uso de razón!, se exclama...
Si incluso el ingenioso hidalgo
se alegraba al morir
de haberla recuperado...
Era la Diosa, dirían,
la causa de la estructura
que envenenaba
el impulso que destruía
lo creativo y lo sensible
nacidos en nosotros
cumpliendo
el guión de lo humano...
El caso es que aquella
estructura de siglos
se iría transformando
a medida que comprendiéramos
que podemos organizarnos
más allá
de aquella locura.
Sí, locura.
Porque esta especie nació
para alcanzar una plenitud

a la que sólo nos lleva
la libertad de sentir
y de pensar. Resulta
que aquello que se tiene
como un adorno
es lo verdaderamente
humano,
aunque lo planificador y ejecutivo
sean necesarios.
¡La clave del dominio!:
¡lo planificador y ejecutivo!
Cómo íbamos a organizarnos
como seres humanos
sin esa libertad, sin vernos
únicos y compañeros, liberados
de los fantasmas que surgían
de esa diosa, todo
convertido en reino,
todos divididos
en dominantes y dominados.
Esa estructura es la que impide
que nos veamos una especie.
Claro que es como seres
que vivimos
pero es como especie que existimos.
¡Como mamíferos!
(Humanizados)
De ahí ser únicos
y compañeros...
El caso es que podemos
organizarnos
sin la estructura maldita
que vamos heredando,
de la que no salimos
porque seguimos mentalizados,
y manipulados, claro...
Y así cómo llegar
a los límites
y a las posibilidades
reales,
superando todos los mitos.

Eso es un sueño,
dicen los dominantes,
racionalistas enloquecidos.
O peor: irracionalistas
envenenados.
Claro que es un sueño,
todo es un sueño antes
de ser un hecho.
Esto no es el cuento
de la Acracia,
la fábula
de las pequeñas asambleas,
no el cuento de un mundo en donde
no hubiera dominantes
y dominados, en donde
fuéramos todos compañeros.
¡Es que ya somos compañeros!
Es la estructura que nos vive
la que impide verlo.
Si el sentir y la mente,
núcleo bien distinto
al de la diosa, se liberan
un día caerá el muro
de esas enfermedades que sostienen
la locura, el dominio
como ideal humano.
Y la nueva estructura,
la de los pequeños mundos
asamblearios,
comenzará a sentirse
y nos iremos olvidando
del ensombrecido camino
por el que vamos.
¿Se trata, entonces,
de aquella tierra prometida,
una más, tantas veces?
Es una tierra, compañeros,
que haremos nosotros,
que nació con la especie
y ya existe en nosotros
como promesa.

«He descubierto tierra»,
fue el primer verso de mi aventura.
Qué era aquella tierra
sino la tierra prometida,
que se va configurando
cuando el pensar y el sentir
vencen a esa estructura.
Todo cuando nace
está llamado a su plenitud,
la alcance o no la alcance.
Y si algo
está muy claro
es que la estructura,
que aún nos domina,
ha de dar paso a la que ya soñamos.
Si como especie
no llegamos,
qué ha de ser nuestro vivir
sino esta desventura.
El caso es que Lizanote
envuelto en el sentir
y hacer este poema
vio que ya no podía
seguir llamándose de la Mancha,
que el libre sentimiento
y el pensar sin fantasmas
le había transformado
en Lizanote de la Acracia.
¡Ah, el pasado heroico,
de los Andantes Caballeros
tantas veces
de la triste figura!
¡Qué aventura ésta
que me vive y que hace tiempo
me hizo Caballero
de la Poesía!
Cómo si no sentir
el mundo real poético,
es decir, la Acracia.
Y es que lo poético
no es un adorno

de dominantes malditos,
¡es el humanismo auténtico!
(tantos ha habido
falsos...).
La aventura de nuestra especie
sólo culmina en ese mundo.
Cuando supera el dominio
surge la inocencia
y sólo ese camino
conduce a la Acracia.
La vida es inocente.
Sólo nuestra Razón,
no sé por qué encantamiento,
la destruye, la envenena.
¿O es que nuestro mundo
interior, el de nuestra
libertad de pensar
y sentir y de amar
(o cómo amar
sin pensar ni sentir)
no es una pequeña asamblea
de sueños y sentimientos,
de aventura poética?
¿O es que cada sentimiento
o cada fruto de nuestra mente
no es una pequeña asamblea?
¿O es que lo creativo
no consiste en formar
pequeñas asambleas?
¿O acaso la estructura
que aún nos perturba
es lo poético?
Poder o plenitud:
la cuestión es ésta.
Y así es como Lizanote
de la Acracia
sigue la conquista
de la inocencia.
En Lizania.

En un lugar de la Acracia

En un lugar de la Acracia,
de cuyo nombre quiero acordarme,
un Ateneo
de la Barcelona libertaria,
comenzó mi aventura
a ser no sólo poética
sino ácrata.
Siguen conmigo
aquellos compañeros
y todas nuestras andanzas.
Éramos
aprendices asamblearios:
lo que hacíamos
era lo de menos.
Era lo de menos
si acertábamos o no acertábamos,
éramos
de los primeros pobladores
del mundo al que vamos
pues no hay otro destino
para la especie humana
que la Acracia, en donde todos
seamos compañeros.
Éramos compañeros,
ni secretarios generales,
ni órdenes y mandos,
ni dominantes y dominados...
Bueno:
alguno respondía
a su falta de entrenamiento...
¡Ah, si ahora viviera
el ingenioso hidalgo!
¡Cómo entendería
este sueño humano!
No en vano

él se enfrentaba a los dominantes,
a los molinos sacrosantos,
y a los ejércitos,
disfrazados
de fuerzas luchadoras
(por el dominio...).
O sea, en fin: rebaños,
rebaños sacrificados...
El caso
es que con el tiempo
he venido en llamarme
no Lizanote de la Mancha,
así empecé como heredero
de todos los andantes y soñadores,
sino de la Acracia.
Ya sabéis: mi comunismo
poético...
Y es que no hay otro comunismo...
¿El religioso? ¿El político?
¿Los que siguen dividiéndonos
en dominantes y dominados
en mil montajes y cuentos?
¡Ah, qué lugar, qué tiempos!
Ludi, abel y carmina,
paca, paqui (y después la piqui),
ana, fernando,
ramón, luis, albert,
el gorila bodeguero,
y el tentetieso, ¡ah, el tentetieso!
Y ángeles, rosa, gloria,
el greñas y el chaquetas...
¡Y Eulalia! ¡Qué Ateneo!
Y el chordi y el enric
que venía de cuando en cuando...
Antes de que se me ocurriera
(cosas del misticismo libertario...)
aquella manifestación poética
por las Ramblas, ¡cómo olvidarlo!
ya hicimos aquí una parodia
de lo político
y nos disfrazamos,

alquilando los trajes
en una sastrería de teatro
(como si todo lo político
no fuera teatro...)
de obispo, de capitalista
y de militar con mando...
¡Y fuimos a las Ramblas,
dónde, dónde si no...
Y yo, que hacía de obispo
(con la iglesia hemos topado...)
(«Un día en las Ramblas»,
dirían Marx, los hermanos...)
rifé un pollo...
Y decían algunos:
¿pero es de verdad
un obispo?
¡Y bajo palio!
Cuatro libertarias
hacían de monaguillos
con cuatro cañas y una sábana
(el palio es necesario...).
Era algo sobre la otan...
¿La otan? Qué es la otan...
Bueno: a lo que íbamos...
La Acracia no es un sueño.
¡La Acracia es un destino!
Y si un día llegamos
esta especie mamífera,
enloquecida aún por el dominio,
los que la vivan pensarán
en aquellos aprendices
que un día comenzamos
la conquista de la inocencia,
buscando la senda que nos lleve un día
al mundo que soñamos.
En un lugar de la Acracia,
de cuyo nombre quiero acordarme,
un Ateneo
de la Barcelona libertaria...

El Okupa maldito

Es el Okupa maldito.
Hace de nuestro mundo
un mundo perdido,
un mundo prisionero
de sí mismo.
Anula la libertad que habita
en nosotros por haber nacido
mamíferos, mamíferos humanos:
frena nuestro instinto,
cierra sus ventanas,
fija su dominio
en toda nuestra mansión,
impide ver el camino,
hace de la Belleza, lo esencial,
un adorno, un mito,
confunde nuestros sueños,
impone su oficio
de planificador
y ejecutivo,
es ley y juez,
amenaza y castigo
(el señor Bien y el señor Mal
así nacieron de su artificio).
Cómo surge, no sé,
en nuestro destino.
Confunde el sentir
y el pensar, el signo
de nuestro ser conscientes,
sensibles y creativos.
(No es él quien piensa: eso parece.
¡Tejer montajes es su oficio!)
Cierra todas las puertas:
es el Okupa maldito.
Es más: es una diosa,
la diosa de lo vivo:

¡de lo muerto!
Nos envuelve en delirios,
en fantasmas, en sombras,
en nombres de un Olimpo
que pretende reinar sobre nosotros
por los siglos de los siglos.
Eres la locura,
Okupa maldito:
a las pruebas de lo humano
en tu red me remito,
a la estructura que nos obliga
a vivir divididos,
solos, confusos,
unos de otros cautivos,
rodeados de falsos soles,
de falsos destinos.
¡Qué ideas —y cómo— por encima
de las vidas, de su fluido!
¿Sanar? Cómo sanar
si las ventanas no abrimos
del pensar y del sentir
ahogado nuestro grito.
Pero quién eres tú,
Okupa maldito,
quién eres tú, ah, desventura
de una especie que ha salido
del mundo real salvaje
para ahogarse en tus hilos
sin compensar tu fuerza
con la luz de lo creativo.
Qué evolución puede hallar
encerrada en tu Castillo
(Castillo interior, decía,
sin comprender tu maleficio,
la bellísima iluminada
ave, aquella, ésa sí, del paraíso...).
Hace tiempo, hace tiempo
que yo te identifico
y sé tu nombre, que te denuncio,
que nuestra virtud admiro
de ser compañeros

y únicos
cuando logramos compensar
con nuestra calma tu enloquecido
y desbocado impulso,
Gigante que no molino.
¡Soy Lizanote de la Acracia,
Razón maldita,
Okupa maldito!
Tu fuerza es el impulso,
tu locura el suicidio.
O sanamos de esa locura
o de nada habrá servido
este hermoso sueño
de un mundo real poético,
de una especie única,
de un mundo único.
¡Y lo humano acabará
autodestruido!
La especie heroica,
llevados al sacrificio
de sus vidas tantos seres
inocentes, Okupa maldito.
¿No dejamos la selva?
¡Dejemos de una vez el delirio!
¡A la conquista de la Inocencia!
¡Todos compañeros! ¡Todos únicos!

El olfato poético

Sacan a pasear el perro...
Su olfato necesita
desarrollar su instinto...
Y yo, mira:
saco a pasear al poeta...
Ah, la inocencia, la poesía,
Ah, nuestro instinto cuando lo encuentra...
Sin él que sería
de lo humano, perdido
en el pozo político,
en la selva política...
¡Y qué selva!
Ah, el olfato poético.
Cómo descubrir la isla
de la inocencia...
Y sin ella
lo humano qué pinta.
Y qué triste su reino...
El hombre necesita
olfatear la belleza,
sentir la poesía,
sanar de la locura
que el dominio implica.
Sólo hay libertad
cuando hay poesía...
Hay que salvar al poeta
oculto en nuestra vida,
esclavo de las ideas,
y qué ideas, que originan
las sombras que nos destruyen.
Su olfato lo necesita.
Y el tacto, el oído, el gusto
¡y la vista!
¡Hay que salvar la poesía!
Sin ella, ¿qué es el mundo?

El Lizanismo

¿El Lizanismo?
En efecto:
todos compañeros y todos únicos
(en nuestros límites reales...).
¿Y el Comunismo?
Pues ya sabéis:
nosotros, nuestros próximos
—dijo el Gran Timonel—
y nuestros enemigos.
¿Y el Cristianismo?
Ah, el Cristianismo...
Los condenados, los malos,
y los buenos, los elegidos...
¿Y el Capitalismo?
Hombre, el Capitalismo...
Los pobres y los ricos.
¿Y el Pragmatismo?
Los ingenuos y los listos.
¿Y el Mafianismo?
(Sí, sí... el Mafianismo...):
pues los socios y los padrinos.
¿Y el Fascismo?
Pues Dúceres, Fúreres, Caudillos
y «Papaítos»...
¿Y el Islamismo?
Los iluminados y los sumisos.
¿Y el Budismo?
Sin dios, pero lo mismo.
¿Y el Anarquismo?
El Anarquismo... el Anarquismo...
Los idealistas y los políticos.
¿Y el Nacionalismo?
Nosotros y nuestros ídolos.
¿Y el Socialismo?
Fragmentos, todos, de lo social

pero unos dominados y otros en el Dominio.
¿Y el aristocrático Intelectualismo?
Muchos son los llamados y pocos los escogidos.
¿Y el Canibalismo?
Pues yo me lo como y yo me lo guiso.
¿Y el Racionalismo y el Irracionalismo?
Las trampas en nuestro camino
(entre retóricas, litúrgicas y montajes
y mitos, sobre todo, mitos...).
O sea:
el Lizanismo.
(Bueno, el comunismo poético...)

Caballitos

Que instalen caballitos
en todas las calles,
que llenen de caballitos las ciudades.
Siglos
llevamos con el invento de feria en feria
sin descubrir su humanísima aventura.
Que celebren los novios
su viaje en los caballitos,
de caballito en caballito.
Que cada familia tenga sus caballitos,
¡todos en los caballitos!
Que los amigos
hablen y sueñen y discutan
dando vueltas en los caballitos.
En ellos celebren sus consejos los ministros,
mientras queden ministros,
y en ellos se reúnan los señores obispos,
naturalmente, revestidos
de señores obispos,
mientras queden obispos.
Los pobres subirán para reírse del mundo
y los ricos
¡que suban los ricos a los caballitos
mientras todos los aplaudimos!
¡Y los señoritos!
¡Que suban los señoritos!
Y que acudan todos los solitarios, todos los vagabundos.
Y el congreso de los diputados
será el congreso de los caballitos.
Y los empresarios ¡qué risa, los empresarios!
Que suban los empresarios con los asalariados,
mientras existan salarios.
¡Los salarios del miedo!
Y, venga: comités centrales,
mafias, sectas, castas, clanes, etnias:

¡a los caballitos!
Y los músicos con los guardabosques
y el alcalde y los concejales
con las verduleras y los panaderos.
¡Viva! ¡Viva!,
gritarán los niños cuando vean
que suben los Honorables.
¡Venga, Honorables!:
¡A los caballitos!
Vamos a la ciudad a subir a los caballitos,
dirán los monjes a sus abades.
Y los académicos:
que se reúnan los académicos en los caballitos
y que se cierren todas las academias.
¡Ah, si todos los filósofos hubieran subido a los caballitos!
Que instalen caballitos en las cárceles,
en los cuarteles,
en los hospitales,
en los frenopáticos
y que se fuguen todos
montados en los caballitos.
Y todos los jueces a los caballitos,
¡venga! ¡venga!: ¡A los caballitos!
¿Y nada de procesos y de sentencias!
¡Ya vale de juzgar los efectos y no las causas!
¡A los caballitos!
Y que todos los funerales
se celebren montados en los caballitos
al paso silencioso y tranquilo de los caballitos.
Es la nueva ordenanza,
es el nuevo precepto:
¡todos a los caballitos!
¡La cabalgata de los caballitos!
¡Hacia la confederación de todos los caballitos!
Hasta que todos fuéramos niños...

En el adiós a Luis Andrés Edo

Primero
llegaron los descubridores,
los que pusieron la primera idea,
los que la vieron
en el futuro de nuestra especie.
¡Era la Acracia! ¡Era la Acracia!
Luego fueron llegando
los arquitectos, los picapedreros,
los constructores,
los héroes de la construcción,
de la transformación libertaria.
Y fuimos apareciendo
nuevos soñadores y constructores,
nuevos héroes de la aventura
que ha de acabar con el dominio,
con los dominantes,
enloquecidos
y enloquecedores.
Y ahora se nos va Luis Andrés,
el forjador, el arquitecto,
el amigo,
el compañero.
Y aquí seguimos construyendo,
lucha a lucha, sueño a sueño,
los que aún estamos, no se sabe
por cuanto tiempo, vivos.
Y otros vendrán, otros infatigables
constructores y vendrán
las asambleas, las comunidades
libres y compañeras,
no las religiosas, las políticas,
¡las humanas!
y acabaran todos los reinos.
Y la Acracia, Luis Andrés, un día
será la tierra a la que la especie

desde que existe esta llamada,
la tierra humana que merecemos
y desvelaron los primeros ácratas.
Luis Andrés: desde Lizania,
mi territorio poético,
un gran abrazo. En la Acracia,
todos, todos seremos compañeros.

Lizanitos

Lizanitos,
pequeños lizanitos,
cómo me recordáis
a David, vuestro padre,
mi hijo,
cuando era como vosotros
un lizanito...

Le escribí muchos poemas
y le contaba el cuento
de la fábrica:
con sus sirenas
y sus ruidos,
sus máquinas,
sus contratos y sus finiquitos...

Y me hacía pensar
en cuando yo era un niño,
un lizanito...

Me llegaba al puerto
a contemplar el mar,
a oír los primeros allegros,
entre el vuelo de las gaviotas
y el silencio de los barcos.

Y pienso que mi padre
también fue un lizanito
antes de ser barbero.
¡Qué bien! ¡No fue un dominante!
¡Sólo fue
un mamífero!

Y que mis abuelos
fueron dos lizanitos
como vosotros,
porque mis abuelos

eran hermanos,
dos hermanitos
como vosotros...

Así que mi padres
eran primos,
primos hermanos,
lizanitos primos.

O sea que mi padre,
lizanitos,
era mi tío.
Y mi madre lizanita,
hermanita de los sueños,
mi tía.

Así que yo, un día,
descubrí que era mi primo.
Y me sentí menos solo,
que siempre la soledad
mi compañera ha sido.

Y me hubiera gustado ser
padre de mis abuelos
y contento que estaría el suyo,
mi bisabuelo,
con sus lizanitos...

A la conquista de la inocencia,
proclamo en mis versos,
de un mundo en el que todos
fuéramos compañeros,
fuéramos niños,
que la inocencia consciente
es lo que sueño
como ideal humano,
venciendo todo lo autoritario
y divino.

Es lo que ahora vosotros,
lizanitos,

me desveláis entre todo
un mundo tan confundido.

Os contemplo y me río
con vosotros
que empezáis a vivir
y a construir un mundo
al que un día vendrán
otros lizanitos...

Cómo quisiera ahora
se vuestro hermanito
y jugar con vosotros
y que mi hijo os contara
el cuento de la fábrica
y fuéramos al mar
a contemplar la libertad
navegando entre sus aguas.

Y oír la risa de los pájaros
y de todos los niños
y ver cómo la tierra
se convierte en el mundo
real poético.

¡Hay fiesta en Lizania!
¡Bienvenidos, bienvenidos,
nietos míos,
hermanitos míos,
porque el mundo que yo sueño
está vivo!
Es la herencia que os dejo,
lizanitos...

Lizania

• Libros editados desde 1955, algunos en edición de autor, reunidos en el año 2002 por la editorial Lumen en *Lizania, aventura poética (1945-2000)*:
– *Poemas de la tierra*
– *Libro de la soledad*
– *Jardín botánico*
– *La creación*
– *Tercera parte de la creación*
– *La creación humana*
– *Fin de la tierra*
– *Ser en el fondo*
– *Mi mundo no es de este reino*
– *Veinte poemas desesperados y una canción de amor*
– *Labios como espadas*
– *La selva*
– *La palabra del hombre*
– *Misticismo libertario*
– *Camino de imperfección*
– *Lo unitario y lo diverso*
– *Sonetos del miserable*
– *La trampa*
– *Sonetos*
– *Lizanote de la Mancha o la conquista de la inociencia (I)*
– *Lizanote de la Mancha o la conquista de la inociencia (II)*
– *Lizanote de la Mancha o la conquista de la inociencia (III)*

• Libros editados por la editorial El Ciervo:
– *Lizanote de la Mancha (IV) y Camino de comprensión*
– *Lizanote de la Acracia o la conquista de la inocencia*

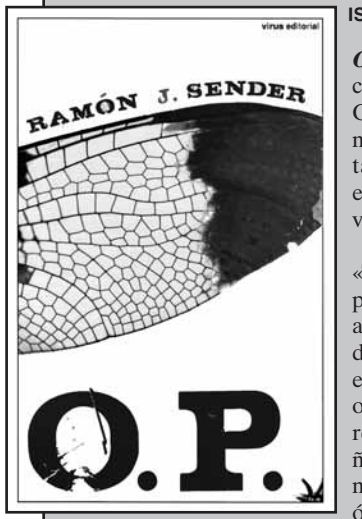
• Antología editada por La Mano Vegetal:
– *Novios, mamíferos y caballitos (A la Acracia por la inocencia*

• Libros editados por el autor:
– *El ingenioso libertario Lizanote de la Acracia (Carta 14 al poder literario... casi un adios)*

• En preparación:
– Edición definitiva y completa de *Lizania*
– *Lizania libertaria* (reunión de los libros *Cartas abiertas al poder literario* y *Visión de la Acracia*), a editar por la Fundación Anselmo Lorenzo
– *Carta al hijo (Aventura poética y desventura humana)*, autobiografía

Ramón J. Sender

O. P. (orden público)



ISBN 978-84-96044-91-3 | 183 págs | 13 euros

O. P. (Orden Público) literaturiza una experiencia biográfica de Ramón J. Sender, su paso por la Cárcel Modelo, en la que estuvo detenido tres meses en 1927, acusado de conspirar contra la Dictadura de Primo de Rivera. Publicada en España en 1931, sería reeditada en México en 1941, y vuelve a ver la luz ahora con Virus editorial.

«Todos los presos de la primera galería estaban pegados a las puertas, como el Periodista. Pasaron aún unos minutos de silencio, guateado y gris. Prudencia y miedo. Luego el silencio se haría rojo y estallaría en estruendo. Se oyó un lamento lejano; otro. Gritos de dolor. Una voz viril —la del Cojo— resonó en las cinco naves de la cárcel: —¡Compañeros, que nos matan! Los lamentos eran cada vez más lejanos. Se oían traspiés sobre el asfalto y órdenes apresuradas. La misma voz, muy deformada por el dolor, repitió la invocación y un sordo rumor comenzó a levantarse de los muros, de las paredes, del suelo. El cemento y el hierro protestaban. El duro material de las escaleras volantes, de las viguetas, temblaba y daba su vibración a las galerías desiertas. Los presos golpeaban con los puños, con los pies, frenéticamente las puertas. El blindaje daba una sonoridad seca y penetrante como un trueno metálico sostenido y lento. Una oleada de hierro y viento, un huracán de odios que debía espeluznar a contrapelo las losetas del tejado. El Viento agregaba sus iras: »¡Pegad con furia a quienes han puesto en peligro la plácida inconsciencia del obispo, el vegetar tranquilo del director, el medroso masticar de los guardianes! [...] ¡Pegad, pegad a los presos maniatados! Vuestro deber es sembrar los odios y fecundarlos con sangre. Esa sangre es viva y roja y os ahogará un día».

Colección **Narrativa**